

Capítulo 19. España

Antecedentes de la Guerra Civil • Las derechas españolas se organizan contra la República • El apoyo occidental y eclesiástico a Franco • La ideología de uno y otro bando en la Guerra Civil • España como conducto de apoyo occidental al Eje durante la guerra mundial

No nos bastará asegurar la libertad de conciencia y la libertad religiosa... [N]ecesitaremos arraigar [la República] en las más profundas capas de la democracia, para lo cual deberemos demostrar con actos que la República es la condición inexcusable del progreso social.

—Manuel Azaña, Madrid, discurso del 11 de febrero de 1930*

...la conspiración internacional de los poderes fascistas se desarrollaba en la penumbra durante el período de paz externa...

—Claude G. Bowers (embajador estadounidense), *Misión en España 1933-1939: En el Umbral de la Segunda Guerra Mundial* (1955:vii)

La Guerra Civil Española, peleada en la segunda mitad de los 1930s, en la antesala de la gran guerra, fue una contienda entre

* Recopilado en Marichal (1966:10)

los fascistas españoles—liderados por Francisco Franco y apoyados militarmente por Hitler y Mussolini—, y los republicanos españoles que defendían el sistema democrático y liberal. Fue una lucha escatológica y maniquea—e increíblemente sangrienta—que multitudes de europeos identificaron como un fulcro histórico, por lo cual viajaron a jugarse la vida en suelo español (entre ellos, George Orwell). Ahí, pensaban ellos, se decidiría el futuro de Occidente; ahí se inclinaría la balanza, finalmente, hacia la libertad o hacia el fascismo. Muchos opinan que en España comenzó realmente la Segunda Guerra Mundial, y me sumo a ellos.

Nuestro objetivo aquí, nuevamente, es entender a las clases gobernantes de Occidente, por lo cual debemos preguntar: ¿Cuál es la ideología de la dirigencia española?

El actual Rey Juan Carlos fue escogido para el trono español por Francisco Franco, para lo cual debió juramentar lealtad al Movimiento Nacional franquista. Podría prestarse a la inferencia de que la monarquía española favorece el integrismo ‘nacionalista’ y ultracatólico del fascismo clerical franquista, vencedor en la Guerra Civil. Sin embargo, ahí está también el celebrado apoyo del rey a la transición democrática luego de fallecido Franco. Tendríamos entonces que examinar más de cerca para decidir si el apoyo a la democracia fue una expresión de genuinos principios o más bien una maniobra temporal y táctica en una situación política y geopolítica que exigía la prudencia del monarca y sus aliados.

El 2 de junio de 2011 el diario español *El País* publicó en primera plana una nota que proporciona evidencias interesantes para considerar esta cuestión. El encabezado del artículo anuncia: “La Academia de la Historia, al Banquillo:

Personalidades de la Cultura Arremeten contra el ‘Diccionario Biográfico Español.’ ” A la nota breve de primera plana sigue un análisis más detenido en las páginas 42 y 43, con artículos intitulados “Contra el Falseamiento de la Historia,” y “Lo Peor es que No Tiene Remedio.” El problema, dicen los detractores de esta magna obra, es que es simple y llanamente franquista.

Adjetivos como “indignante,” “lamentable,” “vergonzoso” o “intolerable” fueron algunos de los dardos lanzados ayer por destacadas personalidades del mundo de la cultura contra el *Diccionario Biográfico Español* y, por ende, contra la Real Academia de la Historia, institución responsable de su edición. El común denominador de todas las denuncias: el enfado ante un falseamiento de la historia, ejemplificado en la biografía de Franco escrita por el historiador Luis Suárez, donde se evita llamar a Franco dictador.¹

Especialmente “indignante” es que este “falseamiento de la Historia” se haya editado por una Academia que “tiene una clara vinculación al Estado y que percibe de éste parte sustancial de su presupuesto.” El colmo es que la biografía de Franco la escribiera no un experto sobre el franquismo sino Luis Suárez Fernández, un historiador medievalista de sesgo (según se intima) ultracatólico, quien produjo “una exoneración de las culpas de Franco y del franquismo.” Preocupa mucho que el diccionario se vuelva fuente de referencia para los textos escolares españoles, el único roce de gran parte de la ciudadanía con su historia.²

El 18 de agosto de 2011, *El País* publicó en su última página una nota que proporciona más detalles interesantes. Resulta que el Diccionario Biográfico Español fue “apadrinado

por los Reyes.” Y, más allá de la biografía de Franco, la obra contiene “‘sesgos y deficiencias muy diseminadas,’ ” según explicó Josefina Gómez Mendoza. Ella es geógrafa e historiadora, exrectora de la Universidad Autónoma, catedrática de Análisis Geográfico Regional, y miembro de la Real Academia de la Historia desde 2003 (y por lo tanto corresponsable del volumen en cuestión). Quienes representan la “corriente mayoritaria” dentro de la Real Academia de la Historia “se ha[n] atrincherado ante las críticas replicando que se busca censurar a los autores,” pero Gómez, difiriendo de sus colegas, opina que el diccionario en verdad contiene “fallos que atentan contra el rigor científico.” Explica lo siguiente:

“Hay tres grupos complicados [entre las personalidades cuyas biografías se incluyen en el diccionario]. Uno de militares, que se han confiado a personas del Instituto de Historia y Cultura Militar en buena parte, donde se presenta a la Guerra Civil y la de África como las grandes hazañas, se habla de Alzamiento y Cruzada. Un segundo grupo de religiosos biografiados por personas muy cercanas a la Iglesia que hacen textos confesionales y de integrismo religioso y con aire nacionalcatólico. Y un tercer grupo, mundano, de aristócratas.”³

Parece ser, pues, que en España continúa peleándose la Guerra Civil, y que a favor de la interpretación franquista del ‘nacionalismo’ español—la cual promociona una visión del Estado vinculado íntimamente con la aristocracia y la Iglesia en alianza con el ejército para reprimir cualquier disidencia liberal—está todavía la monarquía, la oficialía del ejército, y buena parte de la clase gobernante española. Si la Guerra Civil Española es el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, y si

España es sintomática de lo que ocurre en otros lugares, entonces continúa peleándose la gran guerra—y por extensión, según el gran arco del argumento defendido aquí, la Revolución Francesa—. Está más que justificado, por lo tanto, un examen cuidadoso de lo sucedido en España.

Es muy conocido que Mussolini y Hitler asistieron la revuelta fascista de Francisco Franco contra la República Española que con tanto esfuerzo habían establecido Manuel Azaña y sus seguidores y aliados. Pero, aunque sea menos conocido, no fueron nada más los poderes del Eje quienes conspiraron para instalar en el poder a Franco. Para gran decepción de Claude Bowers, embajador estadounidense acreditado con el gobierno republicano, quien pudo constatar algo de esto, los líderes industriales y políticos de Estados Unidos y Gran Bretaña, directa e indirectamente, intervinieron en España a favor de Franco. También la Iglesia. Y lo hicieron justo a tiempo para que, a través de la España franquista supuestamente ‘neutral,’ las dirigencias occidentales pudiesen abastecer a los nazis durante la Segunda Guerra Mundial, traicionando a quienes peleaban en el frente contra los alemanes.

Para poder entender cómo se llegó a todo eso hace falta examinar la ideología eugenista (es decir *pro nazi*) de los grandes industriales y políticos en Estados Unidos y Gran Bretaña (PARTE 2); investigar el origen de lo que sería la propaganda antisemita de los nazis en el discurso público y políticas reaccionarias de la Iglesia a partir del siglo 19 (PARTE 3); y conocer el desempeño geopolítico de las clases gobernantes occidentales en torno al surgimiento del

movimiento nazi en Alemania y Europa (PARTES 4 y 5). Eso ya lo hicimos. Ahora toca recorrer un poco de historia española.

Antecedentes de la Guerra Civil Española

El historiador Paul Preston apunta que es tal la fascinación con aquella izquierda española que peleó por preservar la República durante la Guerra Civil, y tan voluminosa, por ende, la literatura sobre su desarrollo y querellas intestinas, que aquello “oscurece el hecho de que la República Española fue un intervalo corto, casi una aberración, en una historia moderna [española] dominada por la derecha.” Quienes simpatizan con la izquierda, explica, dicen poco acerca de la derecha, y “una mayoría de quienes han escrito sobre la derecha han sido más bien propagandistas de su causa, aceptando sin mayor problema que la justificación para la Guerra Civil puede encontrarse en el desorden izquierdista.”⁴ Para corregir los problemas que implican estos sesgos para nuestra consciencia histórica, es importante comenzar con un repaso breve del contexto decimonónico.

En España como en el resto de Europa, el siglo 19 fue uno de guerras civiles entre los liberales que querían construir un mundo nuevo, y la reacción aristocrática que defendía el Medioevo. Pero en España, como bien dice Preston, ganó siempre la derecha. Esas convulsiones decimonónicas demoraron la inauguración de una genuina república hasta los 1930s, y desembocaron de forma lógica en la Guerra Civil que la destruyó. De un lado estaban los aristócratas derechistas, aliados con la oficialía militar que ellos mismos poblaban, y con la Iglesia Católica. Del otro lado, los liberales y el pueblo

español. En juego: las ideas de la Revolución Francesa.

Revolución y contrarrevolución en el siglo 19

Como en el resto de Europa, el siglo 19 en España fue una era de guerras civiles, golpes revolucionarios, y contragolpes reaccionarios. El vaivén comenzó un poco antes, en mayo de 1793, cuando el régimen absolutista y medieval de Carlos IV atacó a la Francia revolucionaria. No resultó muy efectivo el ataque: un año después los invasores eran los franceses. Y luego de dos años más, en mayo de 1796, el ministro real Manuel de Godoy se vio forzado a firmar una alianza con los franceses contra Gran Bretaña, mientras buscaba la forma de modernizar a España para que pudiese mantener su independencia. Aquí siguieron más desastres, ahora contra las tropas británicas. Con aquella crisis se vino abajo el *ancien régime* español, y comenzó un siglo de lucha entre las fuerzas conservadoras y liberales.⁵

Comenzaron también numerosas contradicciones y paradojas. Tantas que marean.

Primero. Por un lado estaba “la oposición tradicionalista a Godoy,” es decir, los aristócratas que buscaban limitar el poder absoluto del monarca para recuperar sus privilegios señoriales. Este grupo izó al príncipe de Asturias, que pronto sería el Rey Fernando VII, como bandera. Aliados con ellos estaban los liberales, que si bien se oponían igualmente al régimen de Godoy, a diferencia de los tradicionalistas querían limitar el poder del monarca con una constitución *moderna*. En su estandarte figuraba igualmente el príncipe de Asturias. Fernando, que “permitió que lo pusieran a

la cabeza del movimiento inconforme,” de hecho “permanecía en secreto un comprometido absolutista,” y opuesto a las metas tanto de tradicionalistas como liberales (que no eran las mismas metas).⁶ Jaquecas.

Segundo. La revuelta que provocó la abdicación de Carlos IV, el Motín de Aranjuez, había sido “a la vez golpe militar e insurrección popular.”⁷ Una consecuencia de la insurrección popular, fue que Fernando VII fuera instalado bajo aclamación del pueblo, al estilo napoleónico. Ese poderoso precedente socavaba el anterior principio de legitimidad monárquica que Fernando hubiera preferido. ¿Ahora los militares y el pueblo tenían facultad para decidir quién había de ser rey? Aunque a los españoles, hartos de Carlos IV, no les había importado tanto que Fernando fuese instalado en alianza con Napoleón y apoyándose en sus tropas, no les cayó en gracia que esas tropas extranjeras luego sustituyeron al nuevo rey con José Bonaparte, hermano del emperador. Resultó una guerra popular de resistencia que se alió nuevamente con los británicos en contra de los franceses. Daba vértigo el repentino intercambio de amigos y enemigos.

Tercero. Ardiendo la guerra popular contra los franceses, se formó en Cádiz el primer parlamento español fungiendo como gobierno patriota exiliado. En estas Cortes de Cádiz había tradicionalistas y liberales, pero dominaron los últimos.^{*} Las reformas que ahí se aprobaron tuvieron menos en

* Anteriormente, las Cortes, como los Estados Generales franceses, habían sido una institución casi impotente y sobre todo efímera, convocada por un plazo corto y muy de vez en cuando por capricho del rey.

común con las verdaderas metas de Fernando VII—en cuyo nombre actuaban oficialmente los parlamentarios—que con la primera fase de la Revolución Francesa que el *enemigo*, Napoleón, ahora exportaba. Pese a todo eso, paradoja añadida, en el plano administrativo algunas políticas de los liberales eran una continuación lógica del absolutismo español ilustrado.⁸

El trabajo de Cádiz fue revolucionario.

Lo primero que hicieron las Cortes fue dotarse de la legitimidad necesaria y reclamar la soberanía para sí al mismo tiempo que le arrebataban al monarca el poder absoluto dividiéndolo en legislativo, ejecutivo, y judicial. Además, como primer acto del ejercicio de dicha soberanía, reconocían a Fernando VII como legítimo Rey de España. *Nótese la audacia, eran las Cortes las que reconocían al Rey y no al contrario.*—Frasquet (2004:22; énfasis mío)

En Cádiz se establecieron los principios de

los derechos civiles (incluyendo la igualdad fiscal), [y] la libertad personal... Las Cortes también decretaron, entre otras medidas, la abolición de la jurisdicción señorial, la eliminación del mayorazgo, y la libertad de comercio e industria.—Burdíel (1998:900)

Pero la alianza de trabajo entre los diputados tradicionalistas y liberales en Cádiz se deshizo finalmente, sobre todo debido a la cuestión religiosa. Y eso que las Cortes no separaron Iglesia y Estado sino que, al contrario, afirmaron

* O *primogenitura*, mediante la cual se concentraba mucha riqueza en pocas manos

el establecimiento de la Iglesia Católica en el famoso Artículo 12. No había cosa alguna realmente injuriosa a la religión, excepto a la institución más represiva e iliberal del catolicismo, misma que le había hecho un enorme e irreparable daño a España: la Inquisición. Ésta fue la cuestión que dividió, especialmente cuando una mayoría liberal votó por expulsar al nuncio pontificio Pedro Gravina por cabildear con miembros del alto clero español en oposición a la abolición del Santo Oficio. En esta hendidura se vertieron todas las otras diferencias entre tradicionalistas y liberales, ensanchándola sin remedio.⁹ Como en Francia (CAPÍTULO 8), el alto clero, aliado con los aristócratas conservadores y el papado, no había consentido siquiera en las reformas más moderadas, aunque las propusieran defensores de la Iglesia.

La historiadora Isabel Burdiel explica que la Constitución de Cádiz, aprobada en 1812, cambió para siempre la gramática de la política española, pues “forzó todo discurso político a definir su posición relativo a la agenda liberal, aun cuando condenara el liberalismo o pretendiera olvidar su existencia misma. Eso es lo que no entendió Fernando VII cuando, en 1814, luego de la derrota francesa, abolió la Constitución de Cádiz y todo su trabajo ‘como si aquellas cosas jamás hubieran sucedido.’”¹⁰ Hizo aquello aliado con la Iglesia Católica, misma que “aprovechó el colapso completo del gobierno,” consecuencia de la guerra, y se estableció “como la institución más poderosa de la península.”¹¹ Una revuelta obligó a Fernando VII a aceptar la Constitución y con ello comenzó el así llamado Trienio Liberal (1820-23). Pero aquello fue seguido de la restauración absolutista de 1823 hasta la muerte de Fernando en 1833.¹²

“Dos décadas de despotismo clerical bajo Fernando VII produjo una guerra civil cuando los liberales anticlericales trataron de zafar a España de las garras clericales.” Ésta era una lucha entre las pretensiones reales de Don Carlos, hermano de Fernando, contra las de Isabel, hija del mismo. Pero la contienda iba más allá de la disputa por la sucesión entre los seguidores de dos pretendientes al trono—había un conflicto ideológico—. La ideología del carlismo “proponía el establecimiento de una teocracia agraria separatista,” mientras que la regencia de la Reina Maria Cristina, el bando isabelista, terminó por hacer algunas concesiones a los liberales para ganar su apoyo.¹³ “Aunque los carlistas fueron derrotados en el campo de batalla el movimiento nunca desapareció del todo. Ni tampoco fueron completamente exitosos los liberales anticlericales...”¹⁴

Resultó un sistema parlamentario, cierto, pero éste era “profundamente antidemocrático, antipopular, y oligárquico,” sostenido por la nueva Constitución de 1837 (menos radical que la de 1812).¹⁵ El poder de los clericales volvió a crecer y “para 1868 tenían un control casi completo de la Reina Isabel II.” Sufrieron otro revés en la revolución del mismo año, cuando se forma la Primera República Española (1873-74), pero luego vino la Restauración y “el clero fue nuevamente reconfirmado en sus privilegios,” obteniendo el control de la educación y el subsidio del Estado.¹⁶

De la Restauración (1875) a la Segunda República (1931-33)

El periodo de la Restauración a la Segunda República es crucial, pues la Guerra Civil del siglo 20 puede considerarse una lucha entre los defensores del *ancien régime* de la Restauración y los partidarios de la Segunda República, con los nazis alemanes y fascistas italianos, y las dirigencias occidentales, interviniendo a favor del *ancien régime*.

El historiador Gabriel Jackson escribe que “la Restauración, poniéndole fin a las guerras carlistas y estableciendo una monarquía constitucional de tendencia tíbiamente liberal, alentó el comienzo de la recuperación económica y cultural española.”¹⁷ Debo objetar al uso de los términos “recuperación económica” y “tíbiamente liberal.”

La supuesta “recuperación económica” estuvo muy lejos de ser tal: la situación de los trabajadores españoles de hecho era de las peores en Europa. La gran mayoría eran campesinos que sufrían rampante usura y soportaban una carga desproporcionada de contribución al fisco, “mientras que los adinerados latifundistas falsificaban sus declaraciones de impuestos.”¹⁸ También sufrían los proletarios en las escasas industrias (sobre todo en el país Vasco y Cataluña), pues había “salarios bajos, malnutrición, empleo irregular,” etc. A la inconformidad obrera se respondía con represión: “los patrones, en particular en Cataluña, se convencieron de enfrentarse violentamente contra la fuerza laboral.” En vez de reformar el sistema el gobierno alentaba la emigración: “entre 1903 y 1914 un doceavo de los españoles se largó de la península.”¹⁹

Las instituciones ‘democráticas’ eran una pantalla. “Las elecciones eran completamente controladas. La alternancia de conservadores y liberales en el poder respondía a un acuerdo

entre caballeros. El Parlamento era un foro de oratoria, y nada más.”²⁰ Los problemas del campo eran consecuencia, sobre todo, de que “las políticas de la Restauración las dominaban una oligarquía de terratenientes ausentes que controlaban a la población a través de un sistema llamado *caciquismo*.” Los caciques regían a las masas valiéndose de hampones y de urnas transparentes de vidrio en las elecciones, cuando cementerios enteros eran convocados a votar por el gobierno.²¹ También utilizaban “presiones más poderosas como su control del empleo, de los derechos del agua, y de los potreros. Reforzaban estas presiones económicas cuando fuese necesario con la fuerza bruta de la Guardia Civil.”²² Esta monarquía no era “tíbiamente liberal.”

A esto hemos de añadir que en España como en ningún otro país (excepto México) estaba la Iglesia Católica. Un historiador comenta que “la enormidad del problema social y la respuesta que le daba la Iglesia había resultado en la apostasía de las masas y en la identificación de la Iglesia con las clases altas.” En consecuencia la militancia de los trabajadores a menudo tenía un sabor ferozmente anticlerical, y a veces francamente violento.²³

Pese a todo lo anterior, los patrones no sentían que recibían suficiente apoyo del gobierno. “Decepcionados con las vacilaciones de las sucesivas administraciones de la Restauración frente a la militancia de las clases trabajadoras, que a menudo aproximaba la guerra civil, las asociaciones de patrones vascos y catalanes le dieron su apoyo inequívoco al golpe de Estado que lideró [el 13 de] septiembre de 1923 el General Miguel Primo de Rivera.”²⁴ Para quién había observado cómo, durante la Primera Guerra Mundial, “la

mayor parte de la aristocracia y de la nobleza española se alinearon a favor de las potencias centrales”—es decir, a favor de los imperios alemanes aliados y en contra de las democracias liberales—era la cosa más natural que ahora apoyasen este golpe de Estado. Y el golpe fue también celebrado por el Rey Alfonso XIII, con lo cual “el rey se colocó en una posición anticonstitucional, misma que agravó con su constante apoyo a los decretos del dictador mientras estuvo en el poder.”²⁵

Si puede aislarse un mérito es que, en unión corporativa con las clases adineradas, el dictador hizo un esfuerzo por modernizar al país mediante “un programa de obras públicas, programas de irrigación, construcción de vías ferroviarias y carreteras, obras portuarias, y electrificación.” Pero la mala administración fiscal produjo mucha inflación y desprestigió al régimen.²⁶ En el análisis final pesan más los bemoles de Alfonso XIII y Primo de Rivera que sus virtudes, sobre todo por el rumbo ideológico en el que, a partir de ese gobierno golpista, se fueron encarrilando las clases altas españolas—hacia el fascismo—.

El dictador español “declaró después de tomar el poder que ‘Las acciones del Duce [Mussolini] constituyen una gran lección para todos nosotros,’ ” añadiendo en varias ocasiones que el fascista italiano había “iluminado” su camino. El mismo Alfonso XIII presentó a su golpista diciendo, “mi Mussolini,” cuando estuvieron en Italia para su primera visita oficial.²⁷ Tenía mérito la comparación, pues Mussolini había tomado el poder igualmente con el consentimiento de su monarca, y Primo de Rivera se esmeraba, como él, en producir el ‘orden’ que promete el fascismo. “Creó el Somatén—una milicia civil

que sería el guardián de la ‘paz burguesa’—y designó a los ‘hombres fuertes’ de Martínez Anido y Arlegui, ambos notorios anteriormente por su organización de grupos de pistoleros para liquidar a militantes anarquistas, para lidiar con el orden público.” El dictador también promovió un culto de personalidad que anticipa el de Franco, dibujándose cual centinela protector de la civilización cristiana de Occidente contra el peligro del ‘comunismo.’ “Primo de Rivera fue responsable de la desaparición, por mucho tiempo, de una derecha moderada y liberal en la arena política española[, y] preparó el camino para la emergencia de una derecha autoritaria que cobró fuerza durante el periodo 1930-36, finalmente entronada en el Estado español por Franco.”²⁸

Antes del golpe de Primo de Rivera había un proceso incremental que, despacito, producía “mayor libertad de prensa, mejor representación para liberales izquierdistas y socialistas en las Cortes, más presión para la construcción de escuelas y un poco de reforma agraria, y un estándar de vida que gradualmente ascendía.” Pero ahora se abolió todo aquello, y además fueron prohibidos los partidos políticos. Durante el período de 1923-30 que duró el régimen, el asco a la dictadura monárquica inclinó a muchos en las clases intelectuales y profesionales hacía el republicanismo, y los trabajadores adquirieron mucha consciencia de clase.²⁹

Había con qué adquirirla. “Los patrones a menudo hacían caso omiso de la mínima legislación social que se había aprobado para proteger a los trabajadores. ... Muchas fábricas carecían de luz, espacio, aire fresco, y calefacción.” Antes de la Primera Guerra Mundial, los salarios de los trabajadores españoles eran los más bajos de Europa, si dejamos fuera a

Portugal.³⁰ Después de la guerra las cosas no mejoraron mucho. Claude G. Bowers, embajador estadounidense en España durante los 1930s, describe así la situación, todavía en esas fechas, de la enorme población de campesinos españoles:

Pocos de ellos poseen los aperos de su trabajo. En la mayor parte de las regiones, especialmente en el sur, es raro el campesino que sea propietario de una mula o un arado. Sus medios de vida dependen de la voluntad o el capricho de los terratenientes, dueños de grandes fincas de las que viven ausentes. Los tiempos patriarcales en los que los nobles vivían una parte de los años de su vida en las haciendas y se preocupaban personalmente por sus labriegos, terminaron hace mucho tiempo. Ahora el hacendado vive lujosamente en Madrid, París, o Londres, dejando sus tierras y los seres humanos que dependen de ellas al gobierno de desconsiderados administradores cuyo único interés consiste en exhibir los estados de cuentas a su amo.—Bowers (1955:20)

(La situación de los campesinos españoles era peor que la de los peones del porfiriato mexicano, pues en México los hacendados vivían en sus tierras y en cierta medida se responsabilizaban de sus labradores. Algunos eran relativamente compasivos.)

A finales de enero de 1930, con la oposición popular a su régimen creciendo mucho, e informado por el ejército que no lo apoyarían, Primo de Rivera dimitió y se fue a París al exilio. Pero la monarquía todavía pensaba poder sobrevivir. En un discurso en el mitin republicano de la plaza de toros de Madrid, el 29 de septiembre de 1930, el gran líder republicano, Manuel Azaña, le informó a los monárquicos que no sería

posible. El rey tendría que exiliarse también. Aquí una porción del discurso:

“...[L]a importancia de esta primera asamblea del pueblo, de estas Cortes espontáneas de la revolución popular, consiste, ante todo, en que desde aquí notificamos a los que detentan los poderes públicos el fallo irrevocable de la voluntad de los españoles. Se reduce a esto: no más tiranos, no más despotismo; a todo trance, queremos libertad.

...Hay revolución si el pueblo se levanta contra los poderes del Estado y los destruye. Pero también hay revolución, aunque por otro estilo, si los poderes del Estado, sus órganos, los hombres en quien el Estado culmina se abalanzan contra el pueblo y lo esclavizan. Revolución de este género estamos viviendo en España desde 1923. El Estado perdió hasta la apariencia de orden jurídico y se convirtió en arma para desvalijar, en fuerza caprichosa para tiranizar. ...El 13 de septiembre de 1923, la monarquía [con el autogolpe de Alfonso XIII a cargo de Primo de Rivera] se suicidó; no se culpe a nadie de su muerte.

El golpe de Estado, restaurando el despotismo, manifestó que la monarquía no era capaz de acomodarse ni a la moderada Constitución del 76. ...¿Qué le queda a una institución impotente para el bien, fautora del desorden, que no puede oponernos más que la sinrazón de la fuerza bruta? Le queda el recurso de la fuga, para ir a meditar en el destierro la lección que el pueblo español sabrá imponer a todos los que se confabularon para la explotación de su trabajo, de su sangre, de su silencio y de su mansedumbre, aprovechados para lanzarse a la orgía de los millones.—Manuel Azaña (recopilado en Marichal 1966:13)

Tuvo razón: la presión por instalar una república fue irresistible, y el monarca terminó por desterrarse.

La reacción de la Iglesia

Las fuerzas de la reacción no se quedaron quietas, y eso terminó por producir la Guerra Civil. En ciertos círculos es común culpar a los republicanos por todo aquello.

No hace mucho, por ejemplo, Sergio Sarmiento escribió para el diario mexicano *Reforma* una nota para marcar el aniversario de la fundación de la Segunda República Española.

La República fue un soplo de vida, pero la intransigencia de los propios republicanos ante quienes no coincidían con sus ideas facilitó la más sangrienta guerra en la historia de España y un retroceso de 40 años en la modernización del país.³¹

Luego de enfatizar la “intransigencia *de los republicanos*” la brevísima nota termina sin añadir un solo comentario sobre la responsabilidad de los derechistas en la destrucción de España, o sugerir siquiera que ellos pudiesen haber sido los más intransigentes. Lo quiera o no Sarmiento, más de un lector interpretará que el gran peso de la culpa debe caer sobre los hombros de los republicanos—una interpretación añeja e influyente—. Yo defenderé una interpretación distinta, comenzando con la responsabilidad de la Iglesia.

El historiador José M. Sánchez observa que “los republicanos querían reformar la estructura política, económica, y social de España, cosa que los enfrentó al clero, pues la Iglesia era una poderosa fuerza política, económica, y social.” Sánchez no habla en eufemismos y metáforas. La

Iglesia era “una poderosa fuerza política” porque el clero intervenía directamente en las elecciones y hacía campaña. El más alto príncipe de la Iglesia española, el Cardenal Segura, se apoyó en el pensamiento papal de Pío X—autor de una formidable represión antiliberal dentro de la Iglesia a cargo de Umberto Benigni (CAPÍTULO 10)—para recordarles a los católicos españoles, previo a las elecciones, que “podían pertenecer a, y organizar, cualquier partido siempre que no fuera de ‘carácter revolucionario,’ ” y “[declaró] que los católicos tenían una obligación absoluta de obedecer las normas establecidas por la Iglesia.” El episcopado español lo respaldó.³²

No habría tregua: el obispo de Vitoria, el Monseñor Múgica, publicó una carta pastoral explicando a los feligreses que no podían ni abstenerse del voto, ni votar por republicanos. O sea, “le dijo a los católicos... que pondrían sus almas en peligro mortal si no votaban por la coalición monárquica,” y por lo tanto que la voluntad de Dios era que eligiesen prolongar su opresión. Hubo una reacción feroz de la prensa liberal, contra la cual los principales diarios católicos, *El Siglo Futuro* y *El Debate*, apoyaron la posición del obispo. Los jesuitas, en su diario *Fé y Razón*, atacaron inclusive la posición moderada de Niceto Alcalá Zamora, un ferviente católico que irónicamente se convirtió en presidente del gobierno republicano.³³

En esto hay una lección. Alcalá Zamora en más de una ocasión había servido al rey como ministro, y fue “poco antes del advenimiento de la República [que] se convirtió en militante portavoz de la revuelta republicana. En los agitados días del ocaso de la dinastía figuró como atracción estelar en

las demostraciones revolucionarias.” Fue encarcelado, y después “literalmente, salió de prisión para ocupar la presidencia provisional de la República.” Con una figura republicana moderada al frente, que tenía un pie en el anterior régimen y otro en el nuevo, partidario del cambio pero de ninguna manera enemigo de la Iglesia, se pudo haber gestionado una transición menos encontrada. Pero gracias a los enconados vituperios de los jesuitas, al eco que hacía mucho del episcopado, y al Cardenal Segura y la “violencia de sus ataques contra la República,” la Iglesia nuevamente perdió una oportunidad para restaurar su prestigio aliándose con un cambio moderado. Los republicanos fueron confirmados en un feroz anticlericalismo que no se detuvo en separar a la Iglesia del Estado, sino que además prohibió las escuelas de las ordenes religiosas.³⁴

Claro que podría uno preguntarse para qué—fuera de propagar la ideología antirrepublicana y derechista en las clases altas—habían servido esas escuelas. En España “el nivel de analfabetismo y el número de sacerdotes per cápita eran”—*¡simultáneamente!*—“de los más altos en Europa occidental.”³⁵ O sea que la Iglesia mantenía a una vasta multitud de sacerdotes con los impuestos que su alianza con el Estado imponía sobre los trabajadores, a cambio de lo cual ni siquiera los educaba.

Luego de establecido el régimen republicano hubo violencia popular contra algunas iglesias y conventos. Miguel de Unamuno, el gran intelectual y liberal español, había antes advertido que la actitud de la Iglesia la volvería cómplice de lo que sufriera bajo un régimen republicano.³⁶ Así lo interpretaron en aquel entonces, también, católicos liberales en otras partes,

por ejemplo en Gran Bretaña: “el clero había abandonado a los pobres, y ahora los pobres abandonaron al clero.”³⁷

Sóstenes Behn y la CTNE

La poderosa alianza reaccionaria de Occidente, cuyo fin era hacer marcha atrás con las consecuencias de la Revolución Francesa, y cuyo medio era impulsar la conquista nazi de Europa, no toleraría el éxito de la República Española. Se le intervino. Un canal importante fue el estadounidense Coronel Sóstenes Behn.

Charles Higham explica que la ascendencia de Behn era danesa del lado de su padre, y francesa e italiana del lado de su madre, pero se había nacionalizado estadounidense en 1913. Behn se fue asociando con la compañía AT&T (*American Telephone and Telegraph*), y “en 1920 [su] trabajo en el campo de los cables le permitió establecer ITT [*International Telephone and Telegraph*]... Pronto se había convertido en el rey de la telefonía mundial...”³⁸ “Antes de la Gran Depresión,” dice el historiador Douglas Little, “ITT había adquirido sistemas telefónicos de Santiago a Bucarest,* pero la joya de su

* Esto incluye *Mexican Telephone & Telegraph*, una de las dos compañías de teléfonos en México. La otra era de la compañía sueca Ericsson, pero Behn tenía un interés del 35% en Ericsson; los otros dueños de Ericsson eran Axel Wenner-Gren y Jacob Wallenberg, ambos, como Behn, colaboradores nazi. En 1947 un grupo de inversionistas mexicanos compraron ambas compañías formando el monopolio Teléfonos de México

imperio de telecomunicaciones era la Compañía Telefónica Nacional de España (CTNE), fundada en Madrid en 1924” bajo Primo de Rivera.³⁹

Sóstenes Behn fue acusado de sobornar a los altos oficiales del dictador para obtener una concesión única, monopolística, del mercado telefónico en España. Pero el poder de Behn era mucho mayor que el de repartir billetes. El Departamento de Estado estadounidense funcionaba como su abogado, intrigando en España en contra de la competencia sueca y alemana de ITT. Además, Behn podía hacer que la prensa en su país callara cuando no le convenía que se discutieran sus negociaciones.⁴⁰

“Mientras Primo de Rivera estuvo en el poder, ITT no tuvo dificultades en España. ... Pero no todos los españoles estaban contentos con el triunfo de la tecnología estadounidense. Persistían rumores de sobornos.” Además, se le fueron subiendo mucho los precios a los consumidores. Cuando salió Primo de Rivera y comenzó la Segunda República, Alfonso XIII (ya en el exilio) fue acusado de haber recibido un soborno de \$600,000 de Sóstenes Behn. Y luego una comisión de Las Cortes encargada de investigar los abusos del régimen de Primo de Rivera recomendó que se nulificara la concesión de CTNE, pues encontraron todo tipo de violaciones.⁴¹

Aquí siguió una serie de increíbles vaivenes producidos por el enfrentamiento, de un lado, de la presión popular y del

(Telmex). Adquirido por el gobierno en 1972, se convirtió a partir de ahí en un monopolio estatal—hasta 1990, cuando fue vendida.

gobierno republicano por sacar a ITT de España, contra, del otro lado, el poder del gobierno estadounidense que nuevamente se aliaba con ITT y amenazaba al gobierno español siempre que pareciera necesario. Cada vez que se veía inminente ya la expropiación de CTNE, el Tío Sam pelaba el colmillo y el gobierno español, a última hora, se agachaba. La compañía no fue expropiada.

Durante aquella crisis, el embajador estadounidense Irwin Laughlin, un hombre que “desde su comienzo veía con sospecha a la República Española,” desarrolló una alianza de trabajo íntima con el Capitán Logan Rock, el hombre que dirigía la CTNE para el Coronel Behn. Había un arreglo parecido en Estados Unidos, pues el subsecretario de Estado a menudo se reunía con Frank Page, vicepresidente de ITT.⁴² Aquellos lazos forjaron un martillo que la dirigencia estadounidense utilizaría, más tarde, para reventar en pedazos a la República Española.

Pero en ello no participó Claude Bowers, quien sucediera a Laughlin como embajador en España. Él apreciaba y admiraba a los republicanos españoles, y en la posguerra escribió un libro—para atestiguar contra las mentiras—lleno de amor por España y de vergüenza y amargura por las políticas de sus superiores en el gobierno estadounidense.

Las derechas españolas se organizan contra la República

La República había “iniciado la separación de Iglesia y Estado, un programa masivo de construcción de escuelas, el

otorgamiento de autonomía a Cataluña, y la reestructuración del ejército, tan ineficiente y políticamente peligroso.”⁴³ Eran reformas profundas, siempre que las midamos contra el tradicional atraso, represión, y antiliberalismo de España. Pero “las leyes sociales promulgadas,” como lo señaló Bowers, “no eran ni siquiera socialistas.” Eran leyes que “reconocían la personalidad legal de la organización obrera, establecían una relación contractual con los patrones, y, como acontece en otros países, por primera vez se fijaban los horarios legales de la jornada, el seguro contra accidentes y desocupación, y la atención a la maternidad.” Pese a que todo esto era cuando mucho el mínimo que debe observarse en un Estado liberal moderno, la reacción aristocrática lo consideraba demasiado: “para los industriales [las nuevas leyes] eran revolucionarias y ‘comunistas.’”⁴⁴

El gobierno republicano español no abolió la Iglesia Católica, y con el culto religioso—privado—*en sí* no se metía. Prohibió la enseñanza a las ordenes religiosas, es cierto, y expropió los bienes de la orden jesuita—líder de toda contrarrevolución—luego de expulsarla. Pero la reforma más consecuente sin duda fue que el gobierno republicano *dejó de promover y subsidiar a la Iglesia* con los impuestos que le gravaba a la población. Eso era más que suficiente. Desde la Revolución Francesa la Iglesia había luchado contra la separación de Iglesia y Estado y buscaba reimponerla. En España siempre había sido un grupo de poder dominante (y a menudo sin mayor competencia) y no quería cederle su lugar al nuevo Estado republicano. Así, “toda la fuerza de la organización jerárquica de la Iglesia se volvió contra Azaña y sus aliados.”⁴⁵ ¿Cuál sería la consecuencia?

En el resto de Europa, como hemos venido viendo en los capítulos anteriores, la Iglesia se aliaba con las fuerzas conservadoras, aristocráticas, antiliberales, y derechistas en contra de la libertad y derechos de las clases bajas. En España sería lo mismo. Las clases terratenientes e industriales, mucha de la oficialía militar, mucha de la clase media, y el clero, en reacción al republicanismo, se fueron organizando militar y políticamente para la contrarrevolución, y la colisión con la izquierda culminó en la Guerra Civil.

Más de un historiador ha querido culpar a los republicanos liberales por aquella guerra; otros culpan a la derecha. La historiografía es un campo de batalla, es cierto, y aquí hay numerosas complejidades, pero yo no soy partidario de torcer el sentido de la palabra ‘objetividad’ y asimilarlo al de ‘paridad’ para darle a todo mundo la razón. Ser objetivo es hacer un esfuerzo honesto de sostenerse en la evidencia disponible y el razonamiento lógico, y eso no implica necesariamente una conclusión ‘equitativa.’ A mí me parece que la derecha es más culpable.

¿Dos derechas?

Quienes asignan una mayor responsabilidad al bando izquierdo por la Guerra Civil deben hacer una distinción entre ‘dos derechas’ españolas, supuestamente muy distintas. Y luego deben acusar, como lo hace el historiador Paul Preston, que “la izquierda nunca se interesó críticamente en las querellas intestinas de la derecha, y no distinguía una de la otra.”⁴⁶ Por eso la izquierda no reconoció el genuino respeto de la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) de José María Gil Robles hacia el parlamentarismo, y la pintó con los

colores de la facción monárquica cada vez más abiertamente fascista y totalitaria que buscaba destruir la República por asco al liberalismo. La necedad de los izquierdistas polarizó a todos los españoles y resultó en la Guerra Civil.

Comencemos por examinar el material que apoya la tesis de Preston.

Inicialmente, los tres líderes del movimiento monárquico eran Eugenio Vegas Latapié—un gran admirador de *Action Française*, organización ultra católica progenitora del fascismo francés (CAPÍTULO 17)—“para quien la democracia era lo mismo que el bolchevismo”; Ramiro de Maeztu, embajador de Primo de Rivera en Argentina; y el Marqués de Quintanar, el propagandista de Primo. Al caer la dictadura se convencieron de que hacía falta “un movimiento intelectual autoritario para combatir el crecimiento del liberalismo y el republicanismo.” Uno de sus órganos era Acción Española, muy influenciada por *Action Française*, y “Quintanar declaró sin ambages que ‘Acción Española no es indiferente al sistema político. Es antiparlamentario y antidemocrático.’ ” También era pro clerical, y el evento que más delató el “odio implacable de los monárquicos por la República” fue que se aprobasen las secciones anticlericales de la Constitución.⁴⁷

Los monárquicos rayaban siempre en la revuelta abierta contra la República y pronto organizaban, con fondos de los aristócratas, actividades subversivas para tirarla. En julio de 1932 uno de sus líderes, “[Antonio] Goicochea, tomó esa línea en un discurso al Centro Nacionalista: ‘Que los siguientes sean los tres principios de nuestra propaganda: frente al pacifismo, el espíritu de combate; frente a la democracia, la jerarquía; frente al liberalismo, el Estado fuerte.’ ” Al mes siguiente

hubo, de hecho, un intento fallido de revuelta: la Sanjurjada. De ahí en adelante esfuerzos más cuidadosos por preparar el segundo intento se coordinaron a través de *Acción Española*. Se empezó a juntar dinero para comprar armas, y se trabajaba duro para reclutar oficiales militares—todo con el apoyo de Alfonso XIII, quien conspiraba desde el exilio—. ⁴⁸

Para efectos de la conspiración insurgente, Calvo Sotelo, antes ministro de finanzas de Primo, estableció contacto con Mussolini en Roma, y se fueron forjando otros lazos con la alianza derechista internacional que estaba transformando al continente europeo. “La creciente simpatía por el fascismo extranjero no se confinaba a la teoría... Hubo una reacción extremadamente favorable de *Acción Española* al acenso de Hitler,” y se hicieron pronunciamientos en contra de los judíos, abanicados estos por la publicación el año anterior en reedición española de *Los Protocolos de los Sabios de Sión*. Repitiendo las acusaciones que había propagado el Vaticano durante el siglo 19 (CAPÍTULOS 9 y 10), los monárquicos españoles acusaban que el republicanismo era trabajo de masones y judíos. En público Goicochea explicaba orgulloso que era fascista, y luego de un viaje a Alemania como invitado del partido nazi “regresó apasionadamente enamorado de Hitler.” Los monárquicos se entusiasmaron mucho con la formación de pequeños grupos fascistas liderados por Ledesma Ramos y José Antonio Primo de Rivera, hijo del ex dictador. ⁴⁹ La Falange de Primo de Rivera más tarde la heredaría Francisco Franco. ⁵⁰

Con lo anterior Paul Preston establece que los monárquicos eran extremistas antidemocráticos enamorados del fascismo y aliados con el clero que desde el principio buscaron un golpe violento para regresar a los trabajadores a su

lugar. Pero según él la CEDA, la ‘otra’ derecha, era distinta. ¿Qué hay de ella? La diferencia de la CEDA no puede radicar en su actitud hacia la Iglesia, pues era “un partido clerical,” como explica Claude Bowers, que anunciaba “su propósito de restablecer los antiguos derechos de la Iglesia.” ⁵¹ La diferencia, según Paul Preston, es que la CEDA, justificaba la participación parlamentaria. Eso lo hacía blandiendo el argumento del ‘accidentalismo’ de Ángel Herrera Ória, fundador de *El Debate*, un diario “orientado hacia el Vaticano,” ⁵² y más tarde sacerdote, obispo, y finalmente cardenal.

El ‘accidentalismo’ decía que el sistema político (monarquía o república) era irrelevante ⁵³; en vez de insistir en el monarquismo como tal debía lucharse en la nueva República por lo que uno creía. Suena bien: derecha moderada haciendo presión por la vía democrática. Preston recurre a tres categorías de evidencia para sustentar esa representación: 1) las declaraciones oficiales de José María Gil Robles y otros líderes de la CEDA a favor de participar en el parlamento; 2) el hecho de su participación; y 3) los repetidos ataques de los monárquicos contra la estrategia electoral de la CEDA. Y es verdad que si nos limitamos a esta evidencia el argumento de Preston parecerá convincente; sin embargo, los detalles que omite sugieren un cuadro distinto.

Ángel Herrera Ória era mucho más que un simple teórico de la participación derechista en el parlamento: “Ángel Herrera,” explica Bowers “era el amo y padrino de Gil Robles,” líder de la CEDA, y lo prestigiaba a través de su diario *El Debate*, mismo que se convertiría en “el órgano de Gil Robles.” ⁵⁴ Como afirma José M. Sánchez, Herrera era “la

eminencia gris del movimiento católico político de preguerra.”⁵⁵ Dado que *El Debate* había apoyado la condena del Obispo Múgica contra todo católico que osara no votar por los monárquicos en las elecciones que instalaron la República, tenemos derecho a dudar que el ‘accidentalismo’ de Herrera sostuviera un compromiso *genuino* de la CEDA con el parlamentarismo republicano.

Pero nada infunde sospecha como esto: Gil Robles, criatura de Herrera Ória, imitaba los movimientos totalitarios que tanto gustaban a los monárquicos: su gente, escribe el testigo ocular Bowers, “obedecía ciegamente sus órdenes, tanto como los fascistas italianos y los nazis obedecían a sus jefes,” y entre sus opositores muchos “abrigaban el temor de que aspirase a una misión parecida a la de Hitler y Mussolini.”⁵⁶ Gabriel Jackson escribe que Gil Robles era “un admirador del dictador austriaco Dollfuss.”⁵⁷ Y eso cerraba un círculo, porque Dollfuss, explica Michael Burleigh, buscaba concentrar todas las derechas austriacas en una gran coalición, siguiendo, de hecho, el modelo anterior de... *Primo de Rivera*. Dollfuss quería producir “una estructura administrativa autoritaria de tipo fascista”; se servía de “la retórica corporativista católica y gozó de la confianza de [el Papa] Pío XI.”⁵⁸

Lo anterior sugiere que Gil Robles quería, para España, un fascismo clerical-católico apoyado por el Vaticano: una restauración del régimen de Primo de Rivera. En ese caso la participación parlamentaria de la CEDA no era sino “la acomodación *táctica*” de Gil Robles” a la República.⁵⁹ *La frase es de Paul Preston*. ¿Fue un descuido? Hablar de

“acomodación táctica” tiene sentido porque Dollfuss, el héroe de Gil Robles, había anticipado el método de Hitler, tomado las riendas del poder en las elecciones austriacas y poniendo luego en marcha su autogolpe. En lo que parece otro descuido, Preston explica que una multitud de monárquicos declarados participaban en la CEDA y que Alfonso XIII la consideraba el mejor vehículo para su restauración.⁶⁰ Todo lo cual contradice su tesis de las ‘dos derechas.’

Pero si quedara alguna duda podemos considerar lo que el propio Gil Robles dijo que pensaba. En un discurso típico de campaña, el líder de la CEDA expresó:

“Vamos a poner a prueba la democracia, quizá por última vez. No nos importa. Vamos al parlamento a defender nuestros ideales, pero si mañana el parlamento se opone a nuestros ideales, iremos en contra del parlamento, porque en la política no son las formas sino el contenido lo que nos interesa.” — citado en Pike (1971:583)

El comentario de Robinson sobre lo anterior es lo siguiente: “‘Mientras que inherente en sus metas declaradas estaba la abolición del parlamentarismo liberal en un tiempo futuro, la forma burda en que ahora lo dijo daba la impresión de que sería antes y no después.’”⁶¹ A diferencia de Preston, Robinson no ve un compromiso genuino de la CEDA con el parlamentarismo. Pero las inferencias sobran cuando hay confesiones escritas: el historiador Stanley Payne apunta que Gil Robles “admitió años después en sus memorias: ‘En teoría fui y soy monárquico,’ y ‘la gran mayoría de los afiliados con Acción Popular eran decididamente monárquicos.’”⁶² Acción

* Énfasis mío.

Popular—antes Acción Nacional* (fundada por el ubicuo Ángel Herrera Ória)—es el agrupamiento que parió a la gran coalición de derechas: la CEDA.

Igualmente fracasa el esfuerzo de José M. Sánchez por dibujar dos bandos en la jerarquía eclesiástica con respecto a la política de derechas en España. De un lado, afirma Sánchez, estaban “[el Cardenal] Segura y los intransigentes monárquicos, opuestos a cualquier acomodo con los republicanos anticlericales; del otro lado, [el Cardenal Francesc] Vidal, el nuncio Tedeschini, y el líder laico de Acción Católica, Herrera Ória, todos abogados del camino de la conciliación para evitar más anticlericalismo.”⁶³ Pero ya vimos que las criaturas de Herrera Ória, Gil Robles y la CEDA, eran monárquicos amantes del fascismo que buscaban tirar la República. ¿Y quién era el jefe de Tedeschini? *El cardenal secretario de Estado Eugenio Pacelli*, quien fuera más tarde Pío XII. La política de Pacelli, como hemos visto, era la de asistir la toma de poder de gobernantes fascistas, destruyendo cualquier oposición política a ellos entre los católicos (CAPÍTULO 11).

En fin, me parece que la izquierda española tenía razón de no distinguir demasiado entre los monárquicos *públicamente declarados* y la CEDA, pues las querellas intestinas de la derecha no eran sobre las metas últimas sino sobre los medios a emplear en el muy corto plazo. Tarde o temprano, el objetivo era destruir militarmente la República e

* El cambio de nombre se debió a que era ilegal utilizar la palabra ‘nacional’ para nombrar una organización política.

instalar el fascismo. La pregunta—y la disputa—era: ¿cuándo? Si los izquierdistas acusaron que la mayoría de los derechistas, inclusive los que participaban en el parlamento, preparaban un golpe, ¿acaso estaban exagerando? ¿Acaso es justo culparlos especialmente a ellos por la Guerra Civil?

La República se tambalea

Irónicamente, los derechistas no eran los únicos inconformes con el progreso del republicanismo; los trabajadores también quedaron insatisfechos con las reformas de Azaña: querían más, y más rápido. Si bien es cierto que la transformación que anticipaban no podía consumarse en el espacio de dos años, también puede resaltarse que los diputados de las Cortes “parecen no haberse dado cuenta que mientras debatían las virtudes de las constituciones de Weimar y de México, y mientras declamaban emotivas y bien preparadas oratorias sobre el papel histórico de la Iglesia, los campesinos estaban esperando que les dieran tierra.”⁶⁴ Cuando la lentitud de la reforma agraria y otras reformas que pedían las clases bajas causó desilusión, los socialistas se retiraron de la coalición gobernante previo a las elecciones parlamentarias de 1933, y los anarquistas inclusive boicotearon el voto. Salió el tiro por la culata, pues lo que lograron con esto fue darle las riendas del gobierno a una coalición derechista liderada por Alejandro Lerroux.⁶⁵

Ciertamente que Lerroux no *aparentaba* (al principio por lo menos) ser derechista extremo, pero algunos lobos visten piel de oveja, y sus enemigos lo acusaban de haber sido enviado por los monárquicos para organizar un partido ‘republicano’ y ‘obrero’ que en realidad funcionaría como una

quinta columna fascista.⁶⁶ No era irrazonable la acusación, dado que esa misma estrategia aristocrática había producido el partido nazi en Alemania y otros partidos fascistas o ‘nacionalsocialistas’ en el resto de Europa. Estaba de moda. Y podía tomarse en cuenta que la “meta anunciada” de Lerroux “era detener o revertir las reformas de los dos años previos,” reformas que en el plano social no eran en absoluto radicales. Además, apunta Jackson, “el grupo más grande y militante de la nueva coalición era el de Gil Robles.” Por lo mismo, “le pareció a la clase media liberal y a los trabajadores que poco faltaba para que una variante del fascismo clerical se estableciera en España.”⁶⁷

Durante un tiempo, el presidente Alcalá Zamora resistió que se le dieran carteras ministeriales a la CEDA mientras aquel partido no proclamase abiertamente su apoyo a la República. Pero aquello no vejaba mucho la influencia de Gil Robles. “Advertí,” recordó después Bowers, “que, bajo la dominación de Gil Robles, el Gobierno de Lerroux se inclinaba hacia la extrema derecha.” Buscaba reestablecer “la vinculación de la Iglesia con el Estado,” y los “líderes reaccionarios hacían misteriosos peregrinajes a Italia y Alemania, posiblemente buscando asistencia militar de Hitler y Mussolini en sus planes para exterminar a la democracia española.” Gil Robles, “dueño de los destinos inmediatos de España... [dado que] podía, solamente con un movimiento de cabeza, hacer tambalear a Lerroux en su pedestal,” estuvo en el congreso nazi en Alemania. Y José Antonio Primo de Rivera, al frente de los fascistas españoles que abiertamente anunciaban su deseo de violencia, “apareció en Berlín como

huésped del gobierno nazi y se le rindieron todos los honores.”⁶⁸

El nuevo gobierno derechista utilizó violencia contra una huelga campesina en junio de 1934.⁶⁹ La situación estaba tensa. Bowers escribe que inclusive un republicano conservador como Martínez Barrio, que de hecho pertenecía al partido de Lerroux, se preocupaba de que se estaba preparando una dictadura militar derechista, “y que ello significaba la guerra.” El líder izquierdista Indalecio Prieto había anunciado lo mismo en las Cortes. La CEDA de Gil Robles pedía las carteras de Guerra o de Gobernación, “departamentos que representan el control de las fuerzas armadas,” y había “rumores de que si el partido de Gil Robles entraba en el Gobierno habría una huelga revolucionaria.” Sobre advertencia no hay engaño: “La CEDA entró en el gobierno. La hora había sonado.”⁷⁰

Muchos trabajadores, anunciando su deber de combatir el fascismo, y la importancia de atacar temprano antes de verse irremediadamente asediados como sucedía en otras partes de Europa, tomaron varios pueblos mineros en Asturias y parte de Oviedo.⁷¹ Azaña se opuso—quienes actuaron fueron los socialistas—. “Administrando los servicios municipales con cuidado, racionando la comida y la medicina, y calmando los nervios de la asustada clase media,” estos trabajadores dieron una demostración que emocionó a muchos izquierdistas en todo Europa. Pero aquella comuna fue derrotada con violencia, para lo cual se utilizaron “moros y legionarios extranjeros traídos de África porque el gobierno temía que los soldados en la península se rehusarían a disparar sobre los mineros.” El gobierno no se detuvo ahí, explica Jackson. “La represión se

acompañó de un trato sádico de los prisioneros militares,” y en todo España fueron perseguidas decenas de miles de personas “que no habían tenido nada que ver con los eventos en Asturias.” Se abolieron las libertades en todo el país, y hubo también represión contra el gobierno autónomo de Cataluña que había osado declararse independiente.⁷²

Para justificar aquella represión, la prensa de derechas circuló “invenciones espeluznantes destinadas a encender la sangre,” acusa el embajador estadounidense Claude Bowers. “Según estas patrañas, en Asturias habían sido ‘crucificados’ algunos sacerdotes. ‘Veinte monjas habían sido colgadas.’ A los niños de los guardias civiles les habían sacado los ojos, mentiras monstruosas copiadas de la técnica de Goebbels.” (O de la técnica de la Iglesia en las acusaciones de asesinatos rituales que durante siglos había lanzado contra los judíos.) Lo que no reportaba aquella prensa eran los “robos, violaciones, asesinatos, y torturas cometidos por los moros.” Pero aun así terminaron por llegar noticias a la capital de “las atrocidades cometidas por los moros y la Legión Extranjera en Asturias..., relatos de mineros que fueron castrados, sumergidos en agua helada y torturados para arrancarles ‘confesiones,’ hasta que los médicos se negaron a firmar certificados de muerte natural de hombres que habían sido asesinados, y los jueces rehusaron procesar a reos a los cuales se les habían arrancado declaraciones por medio de tortura.”⁷³

A la mitad de todo esto, “¡En las demostraciones a favor del Gobierno, Lerroux y sus ministros hicieron el saludo fascista!” recuerda Bowers. “Los enemigos de la democracia no habían olvidado su convenio con Hitler y Mussolini.” Volaban rumores de un golpe de Estado derechista. “En el

Ministerio de Guerra se habían instalado los generales Franco y Goded, dirigiendo las operaciones contra los asturianos. La conjetura popular señalaba a Franco como el probable dictador.”⁷⁴

Mientras tanto, en las cárceles, crecía la solidaridad de diversos inconformes, extraídos de distintas capas de la sociedad española. Reconociendo su error político de 1933, los izquierdistas se fueron uniendo, acicateados por la severa represión del gobierno. “Encima,” explica Jackson, “el gobierno, dos veces en las Cortes, quiso imponer la ‘responsabilidad moral’ de los eventos catalanes y asturianos sobre los hombros del líder republicano Manuel Azaña [a quien habían arrestado]. En consecuencia la opinión pública española a derecha e izquierda aprendió a identificar bajo un mismo encabezado, temido o admirado, las causas combinadas de revolución proletaria, socialismo moderado, autonomía catalana, y republicanismo centro-izquierdista.” Al gran bando izquierdo que se estaba formando, y cuya coagulación Azaña astutamente anticipó, pronto se le llamaría el Frente Popular.⁷⁵

Estaba todo listo, pues, para un enfrentamiento de grandes coaliciones, derecha e izquierda.

La prensa occidental, que tanto hacía por avanzar los designios de Hitler con su política de supuesto ‘apaciguamiento,’ al mismo tiempo repetía la propaganda fascista de una España supuestamente “al borde de la anarquía.” Pero el embajador estadounidense por esas fechas recorrió distintas regiones del país y no constató desorden alguno. Al regresar a Madrid fue a las Cortes a presenciar el discurso en el que Manuel Azaña se defendió de las

acusaciones fabricadas en su contra. Fue tan brillante que “la Cámara, abarrotada de enemigos suyos, estalló en aplausos.”⁷⁶

El diario católico *El Debate*, “órgano de Gil Robles,” dirigente de la CEDA, “insistía en que sería necesario decidirse entre ‘democracia o eficacia,’ lo que significaba, en sí, entre fascismo y democracia,” apunta Bowers. Y comenta: “‘*El Debate*’ debía conocer en aquellos momentos la existencia de acuerdos con Mussolini para la ayuda material a una rebelión [derechista] en España” (itálicas suyas). Pero el apoyo no era nada más de Mussolini, y pronto un curioso error delató el vínculo entre el Vaticano y la CEDA.⁷⁷

El nuncio Tedeschini pidió por teléfono que lo comunicasen con un oficial del Vaticano, pero aquel oficial se llamaba igual que el agregado militar de la embajada española y por esa razón el nuncio fue comunicado con este último, por error. “El agregado se asombró de oír la voz blanda del nuncio derramando sobre sus oídos los secretos de la estrategia de la CEDA, pero dándose cuenta de la importancia de las revelaciones, se calló y cuidadosamente tomó notas.” El nuncio explicó que Pita Romero, un conservador pero sincero republicano que había sido nombrado para negociar un concordato con el Vaticano, y que pronto estaría en Roma, debía ser “tratado con la mayor suavidad y respeto, pero no debía permitírsele terminar su misión.” La firma del concordato, avisó Tedeschini, no se haría sino “hasta que la CEDA fuese dueña completa del poder.”⁷⁸ Es decir, el Vaticano quería seguir el patrón establecido con la Italia fascista (en 1929) y la Alemania nazi (en 1933) para la negociación de concordatos (CAPÍTULO 11).

El momento parecía llegar. A mediados de 1935 “Gil Robles recibió las seis carteras que ambicionaba, incluyendo la de Guerra para él mismo.” Se fueron poblando todos los cargos importantes de enemigos de la República. El futuro de España, anunció el nuevo ministro de guerra, estaba en las manos del ejército. Poco después “Gil Robles había llamado a su lado como jefe de Estado Mayor al General Franco, de quien todo el mundo daba por supuesto que podía dirigir un golpe de Estado militar.”⁷⁹

El apoyo occidental y eclesiástico a Franco

Hubiera sido ya suficientemente vergonzoso que los gobiernos de las democracias occidentales y el de la Iglesia Católica no apoyaran a la República Española, manteniéndose al margen mientras que los fascistas la destruían. Pero las cosas fueron peores. Las clases gobernantes de Occidente le dieron apoyo moral y material a los fascistas, e incumplieron sus acuerdos con la República. El embajador estadounidense Claude Bowers, decepcionado con su propio gobierno, escribe que “había una acentuada división en el Departamento de Estado sobre nuestra política en España, aunque los elementos a favor de Franco eran más numerosos y estaban estratégicamente mejor colocados.”⁸⁰ Lo mismo concluyen las pesquisas historiográficas en torno a la política británica. Como explica el historiador Tom Buchanan:

La política británica durante la Guerra Civil Española fue vista por muchos, en ese momento, como deshonesto y deshonoroso, y esta crítica ha sobrevivido la apertura de los registros oficiales al escrutinio histórico. Las investigaciones de Jill

Edwards, Douglas Little y, más recientemente, de Enrique Moradiellos han presentado la política perseguida por el gobierno británico como cínica, cruel, y objetivamente pro Franco.—Buchanan (2003:279)

Inclusive en el periodo anterior al estallido de la Guerra Civil, cuya narrativa ahora retomamos, puede documentarse un apoyo dramático a los golpistas, sobre todo a través de ITT y el Coronel Sóstenes Behn, íntimamente ligados, como vimos, con el Departamento de Estado estadounidense.

Sóstenes Behn y ITT en el preludeo a la Guerra Civil

El Coronel Sóstenes Behn, cuya “oficina estaba decorada con... retratos del Papa Pío XI y las cabezas de varios jefes de Estado fascistas,” se había ido aliando con los gobiernos fascistas de Europa, integrando a sus políticos en el imperio ITT al darles asientos en sus consejos. Henry Mann del *National City Bank* de Nueva York había acercado a Behn con “Wilhelm Keppler, quien formaba el Círculo de Amigos de la GESTAPO [de Himmler].”^{*} A consecuencia de esto, ese Círculo de Amigos incluía representantes de ITT (además de representantes de *Standard Oil of New Jersey*). Henry Mann “le había presentado [también] a [Kurt von] Schröder y a [Gerhardt] Westrick.” Schröder es el alto nazi que jugó un papel clave en el ascenso de Hitler y que se coludía de varias

formas con miembros de la Fraternidad pro nazi. Westrick era abogado de la Fraternidad entera. En su círculo estaba William (‘Wild Bill’) Donovan, del círculo próximo a Roosevelt, que se convertiría en cabeza de la OSS en 1942 y más tarde en el primer director de la CIA.⁸¹

Una serie de riñas y escándalos en la cima de las derechas españolas volvió imposible gobernar y forzó que se convocaran elecciones a principios de 1936. En esos comicios, Sóstenes Behn asistió a los derechistas. “El 9 de febrero de 1936 los técnicos de la compañía [telefónica] aparentemente sabotearon el sistema de sonido de una manifestación del Frente Popular en Madrid. ... Tres días después, ... una enorme pancarta del líder derechista José María Gil Robles apareció sobre el edificio de la CTNE.” El historiador Douglas Little cita la conclusión del embajador estadounidense Bowers: “ ‘La gente de la telefónica son todos monárquicos, enemigos de la república, y arden por la derecha.’ ”⁸²

Pero el Frente Popular ganó las elecciones y Manuel Azaña formó un nuevo gobierno el 18 de febrero.

La prensa fascista inmediatamente empezó a ‘reportar’ que España se hundía en desórdenes sociales. Si se peleaban dos hombres en una ciudad, si un marido golpeaba a su mujer en otra, etc., todos estos eventos aislados y en general enteramente apolíticos se recopilaban y se publicaban en primera plana bajo el encabezado: ‘Desórdenes Sociales en España.’ La prensa occidental ‘apaciguadora’ hacía lo mismo. Pero el embajador estadounidense Bowers nuevamente salió a recorrer el país y se lo encontró tranquilo y sereno. Lo que sí constató era que los izquierdistas que ahora gobernaban España se encontraban muy consternados por provocadores que

^{*} Higham a menudo dice GESTAPO cuando sería más correcto decir ‘la SS.’ De cualquier manera la SS terminó por absorber a la GESTAPO, y sin duda por eso se vuelven intercambiables en la prosa de Higham.

“aparecían misteriosamente y desaparecían de la misma manera.” No que tuvieran mayor éxito, pero Bowers dice acerca de los alborotos que sí ocurrieron: “Estoy seguro de que muchos de los incidentes eran inspirados por provocadores fascistas. ¡Había demasiados *turistas* procedentes de Alemania corriendo por España, en aquel tiempo!”⁸³

Para quienes insistan en aceptar la representación derechista del supuesto gran ‘desorden y anarquía’ en España, mismo que, en esta interpretación, volvió ‘necesaria’ la guerra de Francisco Franco, será oportuno hacer tres observaciones. La primera es que este argumento nunca explica por qué tiene sentido enarbolar ‘el orden’ como el valor más alto, probablemente porque ‘el orden’ es un eufemismo aristocrático que realmente quiere decir ‘la subyugación efectiva de los trabajadores.’ La segunda es que es imposible defender que aquella guerra civil, increíblemente sangrienta, produjera un orden superior en España. La tercera es que cuando finalmente vino ‘el orden,’ fue porque, sin coincidencia alguna, se habían suprimido todas las libertades de los inconformes que no habían sido asesinados por las fuerzas de Franco. ¿Acaso es preferible una sangrienta guerra civil y la esclavitud de la población a los desórdenes de la libertad?

Asistencia para la guerra

Los republicanos regresaron al esfuerzo por lidiar con la CTNE, preparando unilateralmente un nuevo contrato. El Tío Sam enseñó otra vez el colmillo y, como las veces anteriores, los republicanos se agacharon. Cuando el Capitán Logan Rock murió el 20 de junio, Behn se hizo personalmente cargo de la CTNE, y al mes siguiente, cuando estalló la revuelta de

Francisco Franco, estaba ya listo para asistirle. “El General Alfredo Kindelán, jefe de la fuerza aérea rebelde, después recordó que ‘el coronel estadounidense que dirigía la compañía telefónica’ había proporcionado líneas privadas entre los conspiradores en Madrid y los generales Francisco Franco y Emilio Mola en las provincias,” lo cual “quizá explique la coordinación tan extremadamente efectiva entre los muy dispersos líderes rebeldes en los primeros días del levantamiento.”⁸⁴

De ahí en adelante Franco recibiría *mucha* ayuda extranjera para pelear su ‘guerra civil.’ Sin ella, habría perdido, pues pese al culto de personalidad que estableció Franco para que lo venerasen como un nuevo Cid Campeador, muchos opinan que fue un pésimo militar. Inclusive sus aliados. “Hitler comentó en una cena en 1942, ‘Franco y compañía deben considerarse muy afortunados de haber recibido la ayuda de la Italia fascista y la Alemania nacionalsocialista en su primera guerra civil... La intervención del general alemán von Richthofen y las bombas que sus escuadrones llovieron de los cielos decidieron el asunto.’ ” Los italianos, durante la Guerra Civil, también se desesperaban, y Mussolini de hecho predecía, pese a toda la asistencia que estaban enviando, que Franco perdería la guerra. ¡Los mismos lugartenientes de Franco, Kindelán, Duany, y Vigón Suerodíaz, concurren con aquellas opiniones!⁸⁵

Para explicar la victoria de Franco hay que tomar en cuenta, naturalmente, la “asistencia militar extensiva del Eje, incluyendo aviones, tanques, tropas, y otras cosas enviadas a la junta española” por Hitler y Mussolini. De hecho, “entre julio de 1936 y marzo de 1939 la junta militar de Franco recibió

aproximadamente US \$570 millones de los dos poderes del Eje.”⁸⁶ Paul Preston arguye que la aparente torpeza estratégica del ‘generalísimo’ era *deliberada*, porque una conquista lenta le permitía lograr su objetivo político de rehacer España, “erradicando en el largo plazo” a liberales e izquierdistas. Pero aun así el veredicto es un poco el mismo: aquella estrategia política—que implicaba el exterminio de los inconformes para ‘purgar’ a España y volverla ‘pura’—imponía el costo de una conquista torpe y lenta desde el punto de vista militar, y habría sido imposible sin la asistencia de fascistas italianos y nazis alemanes.⁸⁷

Pero aunque la asistencia del Eje fuera dramática, no termina de explicar el apenas logrado triunfo de Franco.

Previo al estallido de la Guerra Civil, el gobierno republicano español tenía un acuerdo con el gobierno francés para adquirir armamentos. Una vez comenzada la revuelta de Franco y Mola, Manuel Azaña envió a Fernando de los Ríos a entrevistarse con Léon Blum y otros gobernantes franceses, solicitando el cumplimiento de aquel acuerdo. Pero Eduardo Daladier, aquella herramienta de William Bullitt, a su vez extensión de Roosevelt, se había convertido en Ministro de Guerra francés, y “el 9 de agosto,” alegando una política de ‘no intervención,’ “el gobierno francés decretó el embargo de todo el armamento comprado por España. Para Azaña apenas quedaba ya esperanza de victoria republicana: la guerra sólo podía concluir favorablemente a la República si contaba con la ayuda de los países democráticos.”⁸⁸ Las otras democracias, sin embargo, también le impusieron un embargo de armas a los republicanos españoles.

Al mismo tiempo, los grandes empresarios estadounidenses pugnaron por el embargo oficial de armas a España que impuso Franklin Delano Roosevelt, cuyo efecto fue privar a los republicanos de parque—contra los deseos del 76% de la opinión pública estadounidense que estaba a favor de los republicanos—. La política oficial de los británicos también fue de ‘no intervención,’ con idénticos resultados.⁸⁹ Bowers lo llama “un presente de los dioses para el Eje en la guerra.”⁹⁰ *De los eugenistas*.

Rara vez se menciona, pero ya muerto Franco el apoyo material que recibió de los occidentales pudo establecerse con documentos previamente inaccesibles (y en la opinión del historiador Robert Whealey posiblemente liberados sin querer). Éstos dejaron claro que, “además de suministros alemanes e italianos, el generalísimo también compró de fuentes en los Estados Unidos, Gran Bretaña, Suiza, y otros países democráticos.” Empresarios de aquellos países “suministraron a Franco con apoyo militar directo e indirecto en la forma de petróleo, camiones, maquinaria, hojalata, hule, aleaciones y químicos para hacer municiones, y armas.”⁹¹

Whealey calcula que el total de asistencia directa occidental a Franco asciende a los US \$76 millones. Esto es el 13% de lo que envió el Eje, pero la cifra, apunta el historiador, es engañosamente baja, porque “a Franco le era posible obtener créditos añadidos de la Alemania nazi y de la Italia fascista gracias en parte al apoyo que le daban los empresarios británicos y estadounidenses.” Además, “mucho más importante que los \$76 millones... [era que] los intereses industriales extranjeros le proporcionaron a los nacionalistas información sobre tecnología, logística, fuentes de abasto, y

procedimientos empresariales tradicionales. Este tipo de ayuda bien puede haber sido más importante que el dinero mismo que le enviaban al Caudillo.”⁹²

Aquella interpretación del carácter estratégico y crucial de la asistencia occidental a Franco se refuerza cuando se examina el asunto del petróleo. “La necesidad más importante tanto para los sectores civiles como militares de la economía era el petróleo,” explica Whealey, y fueron especialmente *Royal Dutch-Shell* y *Standard Oil*, dirigidas por británicos y estadounidenses pro fascistas (CAPÍTULO 18), que abastecieron a Franco. Torkild Rieber de la *Texas Company (Texaco)* también suministró a Franco con petróleo durante la Guerra Civil española—y se lo fiaba—. “Sin [ese] petróleo, las máquinas de guerra del generalísimo se habrían parado en seco porque Alemania e Italia, como España, dependían de las compañías anglo-estadounidenses para su suministro.”⁹³

Los occidentales también cuidaban el dinero de los franquistas. Charles Higham escribe que Joseph L. Larkin, uno de los vicepresidentes más importantes del *Chase*, el banco Rockefeller, era “miembro distinguido de una familia católica [que] había recibido la Orden de la Gran Cruz de los Caballeros de Malta del Papa Pío XI en 1928.” Al mismo tiempo, “era un ardiente partidario del General Franco y, por extensión natural, de Hitler.” En 1936, cuando las fuerzas republicanas españolas que peleaban contra Franco quisieron abrir una cuenta de \$4 millones con el *Chase*, Larkin se negó, y se puso furioso cuando un subordinado aceptó un depósito similar en la sucursal de París del *Chase*, exigiéndole luego al emisario republicano en París que retirara el dinero. Al mismo tiempo, comenzó a manejar la cuenta de Franco y la del

Reichsbank, “aunque el *Reichsbank* estuviera bajo el control directo de Hitler.”⁹⁴

La Iglesia

Los franquistas también recibieron el apoyo de la Iglesia Católica. El Vaticano veía en el franquismo la oportunidad de hacer renacer el Medioevo en España, la Iglesia fusionada de nueva cuenta con el Estado, como ya sucedía en Alemania, Italia, y Austria.

“El Caudillo [Franco] había declarado que ‘España será un imperio encaminado hacia Dios,’ ”⁹⁵ pero en las primeras etapas Pío XI y su secretario de Estado Eugenio Pacelli, según explica Michael Burleigh, fueron cautos, pues sentían que declararse sin ambages a favor de los franquistas haría peligrar la posición de la Iglesia en la retaguardia de los republicanos. Pero “a medida que la suerte de la guerra fue inclinándose a favor de los nacionales [franquistas], el Vaticano fue inclinándose también por el reconocimiento del gobierno de Burgos,” donde el ‘generalísimo’ había establecido su capital. Eso sucedió en mayo de 1938 luego de que Franco revocase la legislación anticlerical de la República. “Los símbolos religiosos volvieron a las aulas, en las que había pasado a ser de nuevo obligatoria la instrucción religiosa.”⁹⁶ El gobierno franquista “le dio una considerable serie de poderes y funciones sociales a la Iglesia Católica. Una serie de acuerdos, culminando en el Concordato, le dio reconocimiento público y jurídico al papel de la Iglesia en el régimen.”⁹⁷

Echemos ahora un vistazo a la ideología de los contendientes en la Guerra Civil Española, para entender mejor

lo que las dirigencias occidentales y la Iglesia buscaban establecer en España.

La ideología de uno y otro bando en la Guerra Civil

Aunque “estaba seguramente al tanto de las atrocidades cometidas por el bando franquista,” y a pesar de la cautela inicial del Vaticano, inclusive desde principios del conflicto (septiembre de 1936) hubo un esfuerzo propagandístico de la *curia* a favor de Franco y en contra de la República Española. “Pacelli denunció la ‘satánica empresa’ del marxismo, que había desencadenado la guerra, y bendijo a los que defendían ‘los derechos y el honor de Dios frente a una salvaje explosión de fuerzas tan brutal y cruel que parecen increíbles.’ ”⁹⁸ Contra la representación que hizo el secretario de Estado vaticano, controvertiremos aquí ambas afirmaciones: que los republicanos fueran “marxistas,” y que su violencia fuera “increíble” para la dirigencia de la Iglesia.

Marxismo

Sin duda que muchos trabajadores en España querían que consejos obreros y sindicatos tomaran control de la producción, misma que la burguesía española había fracasado fenomenalmente en desarrollar. Pero no abundaban los comunistas al estilo bolchevique en el bando republicano.

La dirigencia de los sindicatos que tomaron las industrias en la zona republicana, en Cataluña por ejemplo, presionada por los mismos trabajadores, pronto decidió que las

ideas de tendencia marxista—como la uniformidad de salarios—afectaban negativamente la producción, y que debían ser abandonadas. Pugnaron por un regreso a los incentivos individuales, y muchas de las reformas que instituyeron, fuera del esfuerzo que hicieron por mejorar las condiciones de trabajo, de hecho se inspiraban en las innovaciones administrativas de los industriales estadounidenses para incrementar la productividad.⁹⁹

En España no había muchos comunistas, y entre los que había algunos eran ferozmente antiestalinistas, como los seguidores de Andrés Nin y Joaquín Maurín.¹⁰⁰ El líder de la gran coalición de izquierdas, Manuel Azaña, era anticomunista. El embajador estadounidense Bowers, resaltando el punto con cursivas propias, escribió: “*Yo nunca oí a nadie suponer la más remota posibilidad de un intento de golpe de Estado por los comunistas; tan insignificante en número eran, que rara vez a la sazón se les oía mencionar. Todas las suposiciones de un golpe de Estado por las izquierdas significaban un levantamiento del movimiento obrero organizado*” Y aunque supusiéramos marxistas a los trabajadores españoles, es imposible que la “‘satánica empresa’ del marxismo” desencadenara la Guerra Civil, porque lo que hicieron los izquierdistas fue ganar una elección. La guerra la iniciaron los derechistas.

Violencia

En la interpretación conservadora son comunes—y justificados—los aspavientos de horror ante la violencia de los republicanos. Pero el que estudia la Guerra Civil no descubre,

al hacerlo, una virtud relativa en el bando franquista. Al contrario.

Francisco Franco se había curtido peleando contra los moros en la rebelión del Rif en Marruecos, donde se había convertido en un consumado terrorista. El historiador Sebastian Balfour escribe sobre la cultura del Tercio de Extranjeros, la ‘Legión Extranjera’ (de hecho, eran sobre todo españoles) donde Francisco Franco era el segundo de abordo:

Voluntarios ingleses en la Legión se quejaron con su cónsul en Tetuan sobre el comportamiento de sus compañeros españoles en ataques contra los pueblos abandonados por los combatientes rifeños. Fueron testigos de cómo hombres viejos, mujeres, y niños eran muertos a disparos o empujados de regreso a las llamas de viviendas que ardían...

Más que otras unidades militares, la Legión exigía la integración completa del individuo al colectivo así como la subordinación de este colectivo a una jerarquía de comando ferozmente estricta. ...Eso daba una sensación de seguridad y una oportunidad, apetecible para muchos, de abandonar su responsabilidad individual..., con lo cual era más fácil divertirse hiriendo y asesinando al enemigo...—
Balfour (2002:211)

Se vio a los legionarios

...regresar de batalla cantando canciones y cubiertos en sudor y sangre de las cabezas de dos docenas de marroquíes, ya sin orejas y narices, empaladas en sus bayonetas como si vinieran de regreso de la hortaliza con “uvas e higos ensartados en sus varas.” Inclusive Primo de Rivera se escandalizó de ver cabezas, brazos, orejas, y otras partes del cuerpo de los

combatientes rifeños ensartadas en las bayonetas de los legionarios y alrededor de sus cuerpos cuando marcharon en frente de él en Tetuan en septiembre de 1925.—Balfour (2002:213)

La cultura del franquismo es la cultura del Tercio de Extranjeros. En la Guerra Civil, Franco utilizó moros para aterrorizar a sus conciudadanos españoles: entre las tropas ‘nacionalistas’ “se contaban millares de soldados marroquíes.”¹⁰¹ Los musulmanes aliados con Franco también eran terroristas.

Pueden mencionarse muchos ejemplos de salvajismo terrorista del lado franquista, pero el más famoso es sin duda la destrucción de la ciudad vasca de Guernica, la cuna y ‘Ciudad Sagrada de los Vascos,’ “una pequeña ciudad sin ningún valor militar.” ¿Por qué fue destruida? “El General Mola había amenazado que, a menos que la población vasca se rindiera, no dejaría piedra sobre piedra en toda la región.” Los vascos, fervientes republicanos, no se rindieron. Entonces fueron bombardeados por la *Luftwaffe* de Hermann Goering. Para maximizar las bajas civiles, se escogió para esto “un día de mercado en que los campesinos de la comarca acudían allí con sus productos y sus animales. El mercado se hallaba lleno de concurrentes, alrededor de las cuatro y media de la tarde, cuando súbitamente el espacio se vio ennegrecido por una gran flota de aviones de bombardeo de Hitler, semejantes a una nube de langostas.” Gracias a la política de ‘no intervención’ de las potencias occidentales democráticas, los republicanos no tenían con qué protegerse de un ataque aéreo. “La pequeña ciudad fue rociada con bombas explosivas e incendiarias hasta

que quedó reducida a un montón de ruinas.” No quedó piedra sobre piedra. La matazón de civiles fue espeluznante.¹⁰²

Sin duda que hubo masacres del otro lado también. Y claro que nada disculpa una masacre. Pero sería falso afirmar, cuando se distribuye la responsabilidad moral, que el orden de las agresiones no afecta el resultado. Aunque supusiéramos la violencia contra inocentes de uno y otro bando numéricamente igual (y no lo fue—fueron peores las matanzas franquistas—), tiene una mayor responsabilidad quien *comienza* una guerra que quien defiende. Por eso en el derecho internacional el hecho mismo de lanzar una agresión bélica se considera un crimen de guerra: cualquier atrocidad que después suceda, de cualquier bando, no habría sucedido sin la agresión inicial. Repito: los republicanos no agredieron; ganaron una elección.

Las matanzas de civiles en la retaguardia republicana fueron sobre todo *en represalia* por las matanzas franquistas. Por ejemplo, los asesinatos de la Cárcel Modelo de Madrid, donde fueron despachados muchos destacados conservadores, no fueron antes sino *después* de que “las tropas ‘nacionalistas’... tomaron Badajoz, procediendo inmediatamente a ejecuciones en masa de los prisioneros republicanos. Casi simultáneamente barrios populares de Madrid fueron bombardeados por la aviación ‘nacionalista.’ ” Fue *entonces* que murieron los prisioneros de la Cárcel Modelo.¹⁰³

Debo, además, enfatizar un punto de suma importancia. Como lo apunta el ficticio abogado Claudio Marón, un personaje del diálogo *La Velada en Benicarló* que escribiera el líder republicano Manuel Azaña a la mitad de la guerra, hay “una diferencia importante” que distingue la violencia de

‘nacionalistas’ y republicanos. En la zona republicana, “las atrocidades cometidas en represalia de la sublevación, o aprovechándola para venganzas innobles, ocurrían a pesar del gobierno [republicano], inerme e impotente, como nadie ignora, a causa de la rebelión misma.”¹⁰⁴ Es decir que la violencia republicana contra no combatientes fue *una consecuencia de la revuelta franquista* y el desorden y furia que produjo; no se debió a la implementación de una política de las autoridades republicanas, quienes hubieran impedido estos abusos de haber tenido un mejor control.

Esa no fue tan solo la opinión de Azaña, sino de Sir Ogilvie Forbes, el diplomático británico a cargo en Madrid (cuyo sesgo inicialmente era probablemente pro franquista).

[Ogilvie Forbes] estaba consciente de que los asesinatos [de presuntos derechistas en el área republicana] eran sobre todo trabajo de extremistas que operaban fuera del control central. En diciembre le informó al *Foreign Office* que las recientes masacres en las prisiones no habían sido “instigadas por el gobierno sino debidas a la falta de autoridad del gobierno, distraído por la situación militar y luchando por su vida.”—Buchanan (2003:285)

Por contraste, como apuntó Azaña, “En la España dominada por los rebeldes [franquistas] y los extranjeros [fascistas italianos y nazis alemanes], los crímenes, parte de un plan político de regeneración nacional, se cometen y se cometen con la aprobación de las autoridades.”¹⁰⁵ Ogilvie-Forbes se quejó de esa política, y trató de lograr que sus superiores reportaran la “‘crueldad gratuita, sobre todo contra los niños’ ” que sucedía con la aprobación y dirección de los líderes franquistas.¹⁰⁶

La sensibilidad católica/conservadora se yergue muy ofendida de ver que tantas víctimas de los republicanos fueran miembros del clero, sin duda porque existe un sesgo a identificar a los funcionarios religiosos, por alguna razón, como ‘más inocentes’ inclusive que un civil cualquiera. Pero si alguien es inocente poco importa que vista o no los hábitos. Hemos de ofendernos, sin duda, de saber que muchos sacerdotes y religiosas fueran asesinados a sangre fría por ocupar sus cargos y nada más¹⁰⁷—porque eran *inocentes*, no porque fueran religiosos—. Pero la pregunta de fondo es, nuevamente, ¿cómo distribuir la responsabilidad? ¿Hemos de condenar nada más a los republicanos? Eso sería injusto. Por un lado, fueron los franquistas quienes lanzaron la guerra que produjo la impotencia de los líderes republicanos para proteger a curas y religiosas inocentes de la furia del pueblo. Por otro lado, siempre que hubo oportunidad, las autoridades republicanas protegieron a los curas. “Azaña apoyaba al Jefe del Gobierno en todos sus esfuerzos por salvar vidas: así se salvó, por ejemplo, a los agustinos de El Escorial, algunos de los cuales fueron trasladados a Francia por el gobierno republicano.”¹⁰⁸

También debemos preguntar: ¿por qué fue tal la indignación del pueblo contra la Iglesia que los gobernantes republicanos no pudieron controlar la violencia contra los clérigos? Una importante causa de ello es que en la Guerra Civil la Iglesia como institución no fue precisamente *neutral*.

En colusión con el Vaticano, las actividades y declaraciones del alto clero español hasta el momento de estallada la Guerra Civil conducían a identificar a la Iglesia en calidad de beligerante pro fascista. Luego de comenzada la

guerra, Eugenio Pacelli, secretario de Estado vaticano y luego el Papa Pío XII, declaró que los franquistas defendían “los derechos y el honor de Dios,” y a los dos años la *curia* había bendecido a los franquistas con reconocimiento oficial. La identificación del bando franquista con la Iglesia se selló con los “pronunciamientos colectivos de los obispos españoles,” los cuales decían que “el golpe militar y la guerra que resultó eran para restablecer el orden y salvar a la civilización cristiana.”¹⁰⁹ No se quedaban en pronunciamientos abstractos sino que buscaban en la práctica legitimar el bando franquista con su participación: “El clero era una presencia constante en las celebraciones de los nacionales y se destacaba propagando la idea de la guerra como una ‘guerra santa’ o ‘cruzada’ religiosa.”¹¹⁰

Lo anterior de hecho es poco. Lo más notable aquí es que la Iglesia participó activa y directamente en la violencia nacionalista, empezando por la dimensión militar que adquirieron los templos católicos, pues cuando resultaba prudente y necesario las tropas franquistas ahí se refugiaban.¹¹¹ Además, como explica Michael Burleigh, “Iglesias católicas extranjeras, como la de Irlanda, aportaron dinero a la causa de los nacionales, sabiendo que se empleaba para comprar municiones más que vendas.”¹¹² Pero eso nuevamente es poco: los curas tomaron armas y dispararon.

Los capellanes castrenses [militares] católicos mostraban en ocasiones un celo anticristiano *disparando contra la gente* [del bando republicano], mientras que en los púlpitos resonaban exhortaciones estremecedoras a *exterminar el enemigo*...

...algunos sacerdotes participaron desgraciadamente en los comités de las purgas de posguerra, organizados para exterminar meticulosa e implacablemente a los simpatizantes de la República, mientras que otros dispensaban pasivamente los últimos ritos en lo que equivalía a matanzas...*

Otros [sacerdotes] tenían la suerte de muchos en sus manos o incluso la vida emitiendo o negando 'certificados de catolicidad' que pasaron a ser de rigor en algunas zonas.—Burleigh (2006:176-77; énfasis mío)

En fin, si a las huestes republicanas les resultaba difícil catalogar a un cura como otra cosa que un *enemigo*, el hecho de que tantos curas estuvieran involucrados en asesinarlos es en parte responsable. ¿Qué hacer, pues, con la merecida indignación que nos provocan los crímenes de la población republicana contra curas y monjas realmente inocentes durante la Guerra Civil? Hemos de hacer por lo menos un viaje a Roma y clavar la hoja de cuentas sobre las puertas de San Pedro, para que el Vaticano—cuya política seguían los curas soldados—nos calcule lo que debe.

Luego está la responsabilidad histórica. Como en el caso de la violencia anticatólica de los republicanos franceses (CAPÍTULO 8), sería un error pretender que el gobierno de la

* Burleigh en mi opinión es un historiador de sesgo conservador (aunque no declarado). Merece un análisis cuidadoso su prosa. Nótese que *lamenta* (“desgraciadamente”) cuando debiera simplemente condenar la participación de los curas en privar de la vida a sus prójimos. Y no logro entender qué cosa “equivalía a matanzas.” ¿Se refiere a *las matanzas*?

Iglesia no había crecido, nutrido, alentado aquella furia que ahora victimaba a sus monjes, monjas, y párrocos. Las clases bajas españolas tenían centurias sufriendo bajo el yugo eclesiástico, y llevaban un siglo de militancia identificando a la alianza de la Iglesia con las clases que los oprimían, consciente y correctamente, como la causa de sus problemas. Lo sucedido “fue, como le dijo el presidente catalán Luis Companys a un periodista francés en agosto de 1936, ‘la explosión de una inmensa acumulación de ira, una necesidad enorme de venganza, que había ido adquiriendo fuerza desde hace mucho tiempo.’”¹¹³ Sería una afrenta histórica deplorar la violencia contra inocentes del bajo clero sin apuntar la larga responsabilidad *del alto clero* en oprimir y enfurecer a los españoles. Las revoluciones obreras, después de todo, no suceden ‘namás porque sí.’ Como dijera Simone Weil durante la guerra mundial: “si la sumisión de los esclavos es más grande que la de los hombres libres, su revuelta es también más terrible,” y por lo tanto debe responsabilizarse primero a quienes los esclavizaron.¹¹⁴ Sobre todo si en la guerra civil los esclavizadores disparan primero.

Como ya mencionamos, el arrebató emocional de los trabajadores contra sacerdotes y religiosas *iba en contra de la política de los líderes republicanos*. Pero en todo caso estos crímenes se perpetraron en los primeros meses de la guerra y después se desvanecieron. Por contraste, la encarnizada represión franquista—totalmente oficial—fue eterna, pues era consecuencia de una política con un sustento ideológico bien desarrollado, mismo que propugnaban los oficiales de la Iglesia.

Para sopesar la violencia relativa de un bando y otro, es interesante considerar la opinión de los diplomáticos británicos acreditados en España, pues estos fueron escogidos por su sesgo conservador, inicialmente pro franquista. Sin embargo, algunos de ellos, como apunta el historiador Tom Buchanan, fueron transformados por la violencia que atestiguaron. “Por ejemplo, las opiniones fuertemente pro rebeldes del cónsul británico en Vigo durante las primeras etapas del conflicto han sido citadas rutinariamente por los historiadores, mientras que sus subsecuentes críticas de las atrocidades nacionalistas—mismas que resultaron en que fuera removido de España—han sido ignoradas.”¹¹⁵ Contra la interpretación tradicional de un sesgo uniformemente pro franquista en el cuerpo diplomático británico, Buchanan enfatiza que

Los diplomáticos británicos en la España republicana fueron expuestos a peligros considerables (sobre todo de bombardeo aéreo) y fueron forzados a atestiguar atrocidades y las penurias de una población desplazada y muerta de hambre. En estos tiempos difíciles y confusos, sus opiniones instintivamente conservadoras sobre la Guerra Civil pudieron, con el tiempo, ser suavizadas por la comprensión de los problemas de la República Española...—Buchanan (2003:281)

Sir Ogilvie Forbes, el diplomático a cargo en Madrid (el embajador estaba en Hendaya, sobre todo para mantener contacto con los franquistas en Burgos) era un hombre adinerado y un “católico devoto” anteriormente acreditado en el Vaticano y muy apreciado por el papa. “No expresaba mucho sus opiniones políticas, pero antes del estallido de la guerra civil probablemente compartía el prejuicio que cundía

en la embajada madrileña contra el gobierno del Frente Popular elegido en febrero de 1936.”¹¹⁶ Sin embargo, la violencia de los rebeldes franquistas lo llevó a protestar que la posición pública de Gran Bretaña no hiciera mención de las masacres espeluznantes de los rebeldes, peores que los crímenes de los republicanos que siempre figuraban en la propaganda británica.

Los diplomáticos británicos en España

...compartían un código común de valores esencialmente conservadores, pero en potencia conflictivos. Creían en el orden y la estabilidad, que garantizaban los intereses británicos, y sentían un desagrado innato de la revolución, que los amenazaba. Al mismo tiempo, creían en la justicia, la decencia, y la equidad, y pensaban que Gran Bretaña tenía una obligación de defenderlas. Por lo cual sentían una antipatía natural al desorden de la República y a las metas anunciadas de los rebeldes de restaurar el orden; pero eso también hizo más probable que sus simpatías cambiaran de bando cuando les quedó claro que el ‘orden’ rebelde involucraba ejecuciones en masa y el bombardeo de civiles casi totalmente desprotegidos.—Buchanan (2003:294)

Las matanzas de civiles eran política consciente y deliberada para el bando clerical-fascista porque en su ideología cualquier civil era combatiente si no estaba de su lado, pues la falange franquista luchaba por la *pureza* de España y era preciso *purgarla* del adversario ‘satánico.’ Y “la represión política conllevaba más que el exterminio, la violencia física, y la privación de libertad”: se establecieron campos de concentración donde el enemigo era forzado a trabajar, esclavizado, y donde psiquiatras franquistas trataban

de entender las “raíces biopsicológicas del marxismo.” Quien dirigía aquello era Antonio Vallejo-Nágera, “antes profesor de psiquiatría en Madrid y luego autor de numerosos trabajos durante la Guerra Civil y después sobre ‘el eugenismo de la hispanidad,’ y la ‘regeneración de la raza’... Su racismo eugenista... era la idea de una jerarquía cerrada que determinaba muchos aspectos del gobierno de Franco, incluyendo la política económica, y mucha de la realidad de la vida diaria durante la larga dictadura.”¹¹⁷

Al igual que los eugenistas impulsores del nazismo (PARTE 2), “sectores substanciales de la sociedad [española],” es decir, sobre todo, las clases altas reaccionarias, “eran susceptibles a una ideología que constantemente buscaba criminalizar, patologizar, o medicalizar el conflicto social.”¹¹⁸ También consistente con los patrones que hemos identificado en otros lugares, el Estado franquista estableció

la protección para ciertos sectores económicos y una creciente monopolización del poder económico que incorporaba a los industriales en un bloque de poder dominado por las élites terratenientes y el poder financiero del sistema bancario. La dictadura represiva permitió que este proceso se completase libre de cualquier reto de las agitadas clases bajas de la sociedad. La prioridad era la “absoluta supresión de la lucha de clase.”¹¹⁹

Esa era la verdadera ideología subyaciéndolo todo: la absoluta supresión de la lucha de clase. De otra manera, ¿cómo explicar que los franquistas lanzaran espeluznantes matanzas de católicos devotos de la región vasca que decidieron pelear por la República? ¿Y cómo explicar que los franquistas reclutaran tantos musulmanes para su ‘guerra santa’

católica? Esas contradicciones se valían porque el objetivo profundo y final era subyugar de nuevo a los trabajadores. El catolicismo era una herramienta más, como lo había sido también durante el siglo 19 y durante el Medioevo.

Como en el caso de otros reaccionarios occidentales, imperaba aquí una cosmovisión trascendental remontándose a la antigua Roma. *Siempre Roma.* El historiador Michael Richards, cronista de la enorme violencia del régimen franquista, resume aquella visión, que buscaba forzar de nuevo el curso de la historia sobre ese cauce teleológico:

La ideología y símbolos de la falange, tomadas de la era imperial de los monarcas católicos, del regeneracionismo español, y del fascismo europeo contemporáneo, reflejaban y reforzaban la cosmovisión autoritaria y antimarxista del ejército y de la Iglesia Católica. La pureza, una “jactancia exclusiva e incontestable a simbolizar la inmortalidad,” era un concepto sobre el cual fundar un vínculo natural. La idea de Imperio se predicaba en parte sobre la creencia de que los 1930s traían consigo una era que desplazaría los supuestos derechos de las pequeñas nacionalidades e idiomas minoritarios. Checos, eslovacos, albaneses, polacos, lituanos, vascos, y catalanes tendrían que ser incorporados por la fuerza a los imperios ‘históricos,’ herederos de los de Roma, del Reich, y de los monarcas católicos. El genocidio y la erradicación jugaban un papel central en todos estos procesos.—Richards (1998:17)

España como conducto de apoyo occidental al Eje durante la guerra mundial

Los Rockefeller abastecieron a Franco de petróleo durante toda la guerra mundial, pagado con fondos franquistas que el *Federal Reserve Bank* había descongelado (mientras que el dinero de las fuerzas republicanas españolas, depositado en el *Bank of England*, la *Banque de France*, y el BPI se le enviaba a los nazis). “Al mismo tiempo, había escasez aguda en Estados Unidos, colas muy largas en las gasolineras, e inclusive racionamiento de petróleo. Mientras que los civiles estadounidenses y los servicios armados ambos sufrían las restricciones, más gasolina era enviada a España que a los consumidores domésticos.” Además de petróleo, se enviaba a España mucho amoníaco y algodón “a pesar de escasez estadounidense en ambos productos.”¹²⁰

Esto, *abiertamente*, era política gubernamental de Estados Unidos. En una emisión de NBC—la misma NBC que se asociaba con los nazis a través de *Transradio* (CAPÍTULO 18)—intitulada ‘El Departamento de Estado Habla,’ Dean Acheson dijo a principios de 1944 que “Se permite la exportación de petróleo a España como parte de las negociaciones con países neutrales para evitar que suplan al enemigo con lo que quiere de ellos.”¹²¹ La lógica me parece extraña. Si se corre el riesgo de que un país ‘neutral’ (instalado en el poder por Hitler y Mussolini) abastezca al enemigo, ¿la solución es abastecer a ese país? A mi me parece, al contrario, que cuando se priva al país ‘neutral’ de materiales estratégicos de guerra, éste tiene menos que enviarle al enemigo y que, abasteciéndolo, tiene más.

Naturalmente que Franco le daba a Adolfo Hitler mucho del oro negro que los Rockefeller y otros enviaban a España. Eso lo dejó muy claro el Secretario del Interior Harold Ickes cuando, sin importarle la oposición de Acheson, fue directamente a ver a Roosevelt para enseñarle lo que sus investigadores habían documentado, y que además “Franco acababa de darle un crédito de 400 millones de pesetas a Alemania.” Comenta Charles Higham: “Por supuesto que todo esto lo sabía ya el Departamento de Estado mucho antes de que Ickes diera su paso drástico. Pero no se hizo nada al respecto.”¹²²

O casi nada. Las revelaciones de lo que hacía España produjeron un escándalo que forzó al gobierno británico—que también estaba abasteciendo a Franco—a “suspender exportaciones de petróleo, gasolina, y otros productos petroleros a España.” Comenzó a gestionarse lo mismo en EEUU, pero “el grupo de presión del petróleo”—es decir, Rockefeller y aliados—“logró que se restauraran las exportaciones y que se enviara a Alemania también wólfram,” material con el cual se fabrica el tungsteno, una sustancia dura que penetra el acero.¹²³

Éstas y otras políticas suscitaron a principios de 1943 una carta furiosa del economista Henry Waldman, publicada en el *New York Times*, y que reproduzco aquí:

Charlton J. Hayes, nuestro embajador en España, ...[dijo] en Madrid el 26 de Febrero... que la cantidad de productos petroleros en España es ahora “mucho más de lo que se distribuye per capita a la gente de la costa atlántica de los Estados Unidos.”

Añadió que el petróleo ha estado fluyendo a España desde el pasado septiembre en una cantidad equivalente a la flota entera de buques españoles; que enormes cantidades de sulfato de amonio han sido enviadas a España a pesar de carencia en Estados Unidos, y que otros productos enviados por EEUU incluyen algodón, chícharo, frijoles, carbón, celulosa, negro de carbón, bacalao, y químicos industriales. Y fue citado diciendo: “Estados Unidos está listo a continuar extendiendo cualquier ayuda que pueda a España...”

Estados Unidos, con sus aliados, está en guerra con Alemania, Italia, Japón, y sus aliados menores. Todos son gobernados por fascistas. El presente régimen en España es tan fascista como los otros. Su creación misma fue posible gracias a la asistencia activa y abierta de Alemania e Italia en la Guerra Civil española. Franco es dictador como Hitler.

Alemania es nuestro enemigo y Rusia nuestro aliado. No es imposible que pronto tropas estadounidenses peleen junto a las tropas rusas y que ambas sean atacadas por ‘voluntarios’ españoles. España, aunque no legalmente, es aliado del Eje y está en guerra con los Aliados.

Un hombre privado que asistiera a su enemigo sería objeto justo de una investigación sobre su locura. Y sin embargo aquí estamos, una nación asistiendo a su enemigo en tiempo de guerra—y no sólo eso, sino que anunciamos, a través de nuestro embajador, que estamos listos a continuar y extender esa ayuda. ...¿Qué diríamos si Rusia le estuviera enviando víveres de guerra a Japón?

Lo que debemos hacer, y de inmediato, es prohibir toda exportación a España. El petróleo y otros productos que le estamos enviando se necesitan mucho acá. ...Hace falta inyectar aquí el menos común de los sentidos: el sentido común.

Henry Waldman
Nueva York, Febrero 26, 1943¹²⁴

Muy atinada la protesta de Waldman. Sin embargo, su interpretación de que los gobernantes estadounidenses padecían de locura o carecían de sentido común esquivaba el blanco. Y lo mismo puede decirse de su caracterización de EEUU como “una nación asistiendo a su enemigo en tiempo de guerra.” La ‘nación’ no hacía semejante cosa—lo hacía *su clase gobernante*—.

Y ahí estaba también, claro está, Sóstenes Behn.

Douglas Little comenta que, ya instalado en el poder, Franco “irónicamente” no le pagó a ITT con un trato preferencial.¹²⁵ Pero en el trabajo de Higham, más reciente, se disipa la aparente ingratitud de los franquistas. Lo que sucedía era que Behn buscaba producir un bandazo derechista mundial, y fue *él mismo* quien “negoció a través del Banco de Pagos Internacionales [BPI] para que Franco pudiera comprar las instalaciones republicanas de ITT.”¹²⁶ Esta vez no se desplegó el poderío de los Estados Unidos para intimidar al gobierno español; se permitió que Franco expropiara la compañía.¹²⁷ Hay que reconocer la consistencia de los estadounidenses: tampoco se habían interpuesto cuando el antecedente de Franco, la dictadura protofascista de Primo de Rivera, quiso expropiar los intereses petroleros de *Standard Oil*. Con los derechistas todo era amistad.¹²⁸

Schröder y Westrick habían sido nombrados directores de los intereses de Behn en Alemania, y él viajaba frecuentemente a verlos. Cuando un alto nazi, Wilhelm Ohnesorge, quiso convencer a Hitler de expropiar los intereses alemanes de Sóstenes Behn so pretexto de que se trataba de una industria estadounidense y por lo tanto enemiga, Keppler, Schröder, Westrick, y Himmler se encargaron de velar por que no sucediera. Ellos sabían que Behn era pro nazi, y Hitler también lo vio así. “El arreglo final fue que el gobierno nazi no adquiriría acciones de ITT sino que se confinaría a la administración de las acciones. Westrick sería el presidente de los directores gerenciales. Así, una corporación estadounidense entró literalmente en sociedad con el gobierno nazi en tiempo de guerra.”¹²⁹

Durante la guerra, Behn, dueño de todas las compañías alemanas de ITT, también dirigía las fábricas de ITT en los países neutrales [o más bien ‘neutrales’ – FGW] de España, Portugal, Suiza, y Suecia, que continuaron comprando, vendiendo, y manufacturando para el Eje. Behn y sus directores hicieron repetidos y persistentes esfuerzos por obtener licencias para tratar con el enemigo. Cuando Morgenthau [el secretario de hacienda estadounidense] se negó, lo hicieron de cualquier manera. También exportaron materiales a sus subsidiarias en países neutrales que producían para el enemigo.

Después de Pearl Harbor el ejército, armada, y fuerza aérea alemanas contrataron con ITT para la manufactura de conmutadores, teléfonos, alarmas, boyas, sistemas de advertencia de bombardeo, equipo de radar, y treinta mil fusibles por mes para el parque

de artillería utilizado para asesinar tropas británicas y estadounidenses. Esto se incrementó a cincuenta mil por mes para 1944. Además, ITT suministró los ingredientes para las bombas de cohete que cayeron en Londres, celdas de selenio para los rectificadores en seco, equipo de radio de alta frecuencia, y equipos de fortificación y de comunicación de campo.

Sin este suministro de materiales cruciales a la fuerza aérea alemana le habría resultado imposible matar tropas estadounidenses y británicas; el ejército no habría podido luchar contra los Aliados en África, Italia, Francia, y Alemania; Londres no habría sido bombardeada; y los buques Aliados no habrían sido atacados en alta mar.—Higham (1983:98-99)

La protección oficial

En el capítulo anterior vimos que cuando había que producir una ‘lista proclamada’ de compañías con las que estaba prohibido comerciar en tiempo de guerra, Roosevelt incluyó a Nelson Rockefeller y también al Secretario de Comercio Jesse Jones, aliado de los Rockefeller, y a otros sospechosos, entre los encargados de elaborar aquella lista. Roosevelt pidió también, poco después del ataque de Pearl Harbor del 7 de diciembre de 1941, que se preparara un estudio de los sistemas de comunicación de Sudamérica. ¿A quién se lo encargó? A *Nelson Rockefeller*.¹³⁰

Los Rockefeller se movilizaron rápido para proteger a ITT. A principios de 1942,

...el representante del *Standard Oil* de los Rockefeller en Berlin, Karl Lindemann, convocó una serie de juntas urgentes con dos directores de [ITT]: Walter

Schellenberg, cabeza del servicio de contraespionaje de la GESTAPO (SD), y el Baron Kurt von Schröder del BPI y del Stein Bank. El resultado de estas juntas fue que Gerhardt Westrick... se trepó a un bombardero Focke-Wulf de ITT y voló a Madrid para entrevistarse con Sóstenes Behn... para discutir cómo mejorar sus enlaces con la GESTAPO, y mejorar todo el sistema nazi de teléfonos, telex, intercomunicaciones de avión, teléfonos para submarinos y barcos, boyas eléctricas, sistemas de alarma, y fusibles para artillería, así como los bombarderos Focke-Wulf...—Higham (1983:93)

En un memorando de mayo de 1942 Roosevelt le pidió a Henry Wallace, director del Consejo de Guerra Económica (*Board of Economic Warfare*), que se encargara de ver que los enemigos fueran desconectados en radio, teléfono, y telégrafo, y que las líneas directas al enemigo fueran interrumpidas. Wallace se acercó para esto con el Secretario de Comercio Jesse H. Jones. Éste era “un prominente católico, Caballero de Colón, y miembro de la Orden de San Gregorio, la Gran Orden de Caballeros, honor que le había conferido el Papa Pío XI.”¹³¹ Era también socio de William Farish de *Standard Oil*. Ante la pugna de Wallace, Jones “creó... la *US Commercial Company*, cuyo segundo de abordó era Robert A Gantt, *vicepresidente de ITT*. Gantt continuó recibiendo su salario de ITT mientras fungía en la *US Commercial Company*. El resto del consejo se componía en su mayor parte de directores de ITT o de RCA (también socio, durante la guerra, de las compañías de comunicaciones nazi-estadounidenses).”¹³² O sea que Roosevelt nuevamente hacía la finta de pelear la guerra mientras que tras bambalinas se aseguraba de proteger el apoyo de los empresarios estadounidenses a los nazis.

No termina ahí la cosa.

Higham reproduce entero un memorando del abogado del Departamento de Estado R.T. Yingling reportando sobre ciertas actividades en pro de los nazis. Yingling apuntaba que aquello sucedía “con el aliento o acuerdo del Departamento de Estado.” ITT, escribía Yingling, “desea alguna garantía de que no será procesada por estas actividades,” naturalmente porque Behn no había obtenido las licencias que quería de Morgenthau. “Se ha sugerido que el asunto se discuta con el Procurador General de Justicia, y si está de acuerdo que se le diga a la Corporación [ITT] que no se está considerando ningún proceso [en su contra]...”¹³³ El memorando de Yingling iba dirigido al subsecretario Breckenridge Long, un antisemita rabioso y admirador de Mussolini que cooperaba con los esfuerzos por proteger a la Fraternidad.

Hay más.

El Departamento de Estado recibió un reporte de sus representantes en España que decía: “Esta embajada... siente que ITT quizá no ha puesto siempre nuestras imperativas de guerra por encima de sus intereses.” Pero aquella protesta tan tibia contra la manufactura, en España, de equipo militar para los alemanes, no tenía la menor posibilidad de ingerir. De hecho, “el 28 de septiembre de 1942 el embajador estadounidense en Londres, John G. Winant, le telegrafió de urgencia a Washington recomendando que a las subsidiarias suizas y españolas de ITT, en teléfonos y radio, ‘se les emitan licencias para comerciar con la Alemania nazi.’”¹³⁴ Oficiales del Departamento de Estado se reunieron con Morgenthau y Harry Dexter White, diciéndoles que era indispensable permitirle a ITT comerciar con el territorio enemigo. Morgenthau y White

se rehusaron del todo a considerar semejante comercio.” Pero poco importaba que se negaran. Aquel comercio continuó hasta el final de la guerra. “A pesar de que todas las ramas de la inteligencia estadounidense monitoreaban al Coronel Behn todo el tiempo... no se hizo nada para detenerlo.”¹³⁴

Cuando París fue liberada el 25 de agosto de 1944, Behn fue nombrado “experto especial en comunicaciones para el ejército de ocupación,” obteniendo asistencia a los más altos niveles para proteger a sus empleados colaboradores en Francia. Y el 16 de febrero de 1946 el presidente Harry Truman hizo que el ejército le entregara a Behn la Medalla del Mérito, la decoración más alta que puede dársele a un civil. Por si fuera poco, unos años más tarde, Behn recibió compensación de millones de dólares por el daño a sus fábricas en Alemania.¹³⁵

FUENTES

Balfour, S. (2002). *Deadly Embrace: Morocco and the Road to the Spanish Civil War*. New York: Oxford University Press.

Ben-Ami, S. (1977). The Dictatorship of Primo de Rivera: A Political Reassessment. *Journal of Contemporary History*, 12(1), 65-84.

Bowers, C. G. (1955). *Misión en España 1933-1939: En el Umbral de la Segunda Guerra Mundial*. Mexico DF: Grijalbo.

Buchanan, T. (2003). Edge of Darkness: British 'Front-line' Diplomacy in the Spanish Civil War, 1936-1937. *Contemporary European History*, 12(3), 279-303.

Burdiel, I. (1998). Myths of Failure, Myths of Success: New Perspectives on Nineteenth-Century Spanish Liberalism. *The Journal of Modern History*, 70(4), 892-912.

Burleigh, M. (2005). *Poder Terrenal: Religión y Política en Europa de la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*. Madrid y México: Santillana.

Burleigh, M. (2006). *Religión y Política en Europa: De la Primera Guerra Mundial al Terrorismo Islamista*. Madrid y México: Santillana.

Cornwell, J. (2000). *El Papa de Hitler: La Verdadera Historia de Pio XII*. Barcelona: Editorial Planeta.

de la Cueva, J. (1998). Religious Persecution, Anticlerical Tradition and Revolution: On Atrocities against the Clergy during the Spanish Civil War. *Journal of Contemporary History*, 33(3), 355-369.

Esdaile, C. (1988). War and Politics in Spain, 1808-1814. *The Historical Journal*, 31(2), 295-317.

Frasquet, I. (2004). Cádiz en América: Liberalismo y Constitución. *Mexican Studies / Estudios Mexicanos*, 20(1), 21-46.

Greene, T. R. (1976). The English Catholic Press and the Second Spanish Republic, 1931-1936. *Church History*, 45(1), 70-84.

Hamnett, B. R. (1977). Constitutional Theory and Political Reality: Liberalism, Traditionalism and the Spanish Cortes, 1810-1814. *The Journal of Modern History*, 49(1), D1071-D1110.

Harrison, J. (1980). Spanish Economic History: From the Restoration to the Franco Regime. *The Economic History Review*, 33(2), 259-275.

Heubel, E. J. (1977). Church and State in Spain: Transition toward Independence and Liberty. *The Western Political Quarterly*, 30(1), 125-139.

Higham, C. (1995[1983]). *Trading with the Enemy: The Nazi-American Money Plot 1933-1949*. New York: Barnes & Noble.

Jackson, G. (1959). The Azaña Regime in Perspective (Spain, 1931-1933). *The American Historical Review*, 64(2), 282-300.

- Jackson, G. (1970). The Spanish Popular Front, 1934-7. *Journal of Contemporary History*, 5(3), 21-35.
- Langlois, W. G. (1980). Rumbblings out of Spain: French Writers and the Asturian Revolt (1934-36). *MLN*, 95(4), 884-921.
- Little, D. J. (1979). Twenty Years of Turmoil: ITT, the State Department, and Spain, 1924-1944. *The Business History Review*, 53(4), 449-472.
- Marichal, J. (1966). *La Oratoria y los Designios Españoles de Manuel Azaña (1930-1934)* (Vol. 2). México DF: Oasis.
- Marichal, J. (1967). *El Transito de un Mundo Histórico (1934-1940): El Testimonio de Manuel Azaña* (Vol. 3). México DF: Oasis.
- Payne, S. G. (1993). *Spain's First Democracy: The Second Republic, 1931-1936*. Madison, WI: University of Wisconsin Press.
- Pike, F. B. (1971). Spain: Rightist or Mexican Revolution? *The Review of Politics*, 33(4), 582-586.
- Preston, P. (1972). Alfonsist Monarchism and the Coming of the Spanish Civil War. *Journal of Contemporary History*, 7(3/4), 89-114.
- Preston, P. (1994). General Franco as Military Leader. *Transactions of the Royal Historical Society*, 4, 21-41.
- Preston, P. (1995). *The Politics of Revenge: Fascism and the Military in Twentieth-Century Spain*. London & New York: Routledge.
- Richards, M. (1998). *A Time of Silence: Civil War and the Culture of Repression in Franco's Spain, 1936-1945*. New York: Cambridge University Press.
- Sánchez, J. M. (1962). The Spanish Church and the Revolutionary Republican Movement, 1930-1931. *Church History*, 31(4), 430-439.
- Sánchez, J. M. (1996). The Spanish Church and the Second Republic and Civil War, 1931-1939. *The Catholic Historical Review*, 82(4), 661-668.

Seidman, M. (1982). Work and Revolution: Workers' Control in Barcelona in the Spanish Civil War, 1936-38. *Journal of Contemporary History*, 17(3), 409-433.

Shubert, A. (1980). Oil Companies and Governments: International Reaction to the Nationalization of the Petroleum Industry in Spain: 1927-1930. *Journal of Contemporary History*, 15(4), 701-720.

Weil, S. (1949). *L'Enracinement*. Paris: Gallimard.

Whealey, R. (1977). How Franco Financed his War - Reconsidered. *Journal of Contemporary History*, 12(1), 133-152.

¹ “Contra el falseamiento de la Historia: Personalidades del mundo de la cultura alzan su voz contra la Real Academia y el Diccionario Biográfico Español; Vargas Llosa: ‘Es una auténtica vergüenza’”; *El País*; 2 de junio de 201; pp.42-43

² “Lo peor es que no tiene remedio”; por José Carlos Mainer; *El País*; 2 de junio de 201; p.42

³ “Hay textos de integrista religioso”; por Tereixa Constenla; *El País*; 18 de agosto de 2011.

⁴ Preston (1995:ix)

⁵ Esdaile (1988:298-301)

⁶ *ibid.* (p.301)

⁷ *ibid.*

⁸ Hamnett (1977)

⁹ Hamnett (1977:D1104-05)

¹⁰ Burdiel (1998:900-01)

-
- ¹¹ Sánchez (1962:431)
¹² Burdiel (1998:901-02)
¹³ Sánchez (1962:431); Burdiel (1998:903-04)
¹⁴ Sánchez (1962:431)
¹⁵ Burdiel (1998:908-09)
¹⁶ Sánchez (1962:431)
¹⁷ Jackson (1959:284)
¹⁸ Harrison (1980:260)
¹⁹ *ibid.* (pp.260-63)
²⁰ Jackson (1959:284)
²¹ Harrison (1980:260)
²² Jackson (1959:284)
²³ Sánchez (1962:432)
²⁴ Harrison (1980:262)
²⁵ Ben-Ami (1977:65)
²⁶ Harrison (1980:262-63)
²⁷ citados en Ben-Ami (1977:66)
²⁸ *ibid.* (pp.66-69)
²⁹ Jackson (1970:21-22)
³⁰ Seidman (1982:412-13)
³¹ *Reforma*, 4 de abril, 2009, p.10
³² Sánchez (1962:430, 432-34)
³³ *ibid.* (pp.436-38)
³⁴ Bowers (1955:3-5)
³⁵ Seidman (1982:412)
³⁶ Sánchez (1962:438)
³⁷ Greene (1976:73)
³⁸ Higham (1995[1983]:93-94)
³⁹ Little (1979:450)
⁴⁰ *ibid.* (pp.450-51)
⁴¹ *ibid.* (pp.454-55)
⁴² *ibid.* (pp.458, 462)
⁴³ Jackson (1970:23)
⁴⁴ Bowers (1955:52)
⁴⁵ *ibid.* (p.53)
⁴⁶ Preston (1972:114)
⁴⁷ *ibid.* (pp.90-94)
⁴⁸ *ibid.* (pp.94-96)
⁴⁹ *ibid.* (pp.99-101)
⁵⁰ Burleigh (2006:177-78)
⁵¹ Bowers (1955:53-54)
⁵² Sánchez (1962:437)
⁵³ Preston (1972:91)
⁵⁴ Bowers (1955:58, 92, 136)
⁵⁵ Sánchez (1996:663)
⁵⁶ Bowers (1955:53-54)
⁵⁷ Jackson (1970:23)
⁵⁸ Burleigh (2006:183)

-
- ⁵⁹ Preston (1972:105)
- ⁶⁰ *ibid.* (pp.103)
- ⁶¹ citado en Pike (1971:583-84)
- ⁶² Payne (1993:167-68)
- ⁶³ Sánchez (1996:666)
- ⁶⁴ Jackson (1959:296)
- ⁶⁵ Jackson (1970:23)
- ⁶⁶ Bowers (1955:38)
- ⁶⁷ Jackson (1970:23)
- ⁶⁸ Bowers (1955:62, 73-78)
- ⁶⁹ Jackson (1970:24)
- ⁷⁰ Bowers (1955:101-02)
- ⁷¹ Langlois (1980:884)
- ⁷² Jackson (1970:24-26)
- ⁷³ Bowers (1955:104, 109, 122)
- ⁷⁴ *ibid.* (pp.110-12)
- ⁷⁵ Jackson (1970:26-27)
- ⁷⁶ Bowers (1955:116-135)
- ⁷⁷ *ibid.* (p.135)
- ⁷⁸ *ibid.* (pp.135-36)
- ⁷⁹ *ibid.* (pp.152-54)
- ⁸⁰ *ibid.* (p.426)
- ⁸¹ Higham (1995[1983]:95-98, 132)
- ⁸² Little (1979:467)
- ⁸³ Bowers (1955:205-212)
- ⁸⁴ Little (1979:468-69)
- ⁸⁵ Preston (1994:21-22)
- ⁸⁶ Whealey (1977:133-34)
- ⁸⁷ Preston (1994:24)
- ⁸⁸ Marichal (1967:xxxvi)
- ⁸⁹ Sacks (1957:417)
- ⁹⁰ Bowers (1955:428)
- ⁹¹ Whealey (1977:134, 139)
- ⁹² *ibid.* (pp.145-46)
- ⁹³ *ibid.* (pp.140, 146)
- ⁹⁴ Higham (1995[1983]:20-21)
- ⁹⁵ Cornwell (2000:200)
- ⁹⁶ Burleigh (2006:174-76)
- ⁹⁷ Heubel (1977:125-26)
- ⁹⁸ Cornwell (2000:200)
- ⁹⁹ Seidman (1982)
- ¹⁰⁰ Jackson (1970:27)
- ¹⁰¹ Marichal (1967:xxxvii)
- ¹⁰² Bowers (1955:353)
- ¹⁰³ Marichal (1967:xxxvii)
- ¹⁰⁴ *ibid.* (p.395)
- ¹⁰⁵ *ibid.*
- ¹⁰⁶ Buchanan (2003:285)

-
- ¹⁰⁷ de la Cueva (1998)
- ¹⁰⁸ Marichal (1967:xxxvii)
- ¹⁰⁹ Richards (1998:28)
- ¹¹⁰ Burleigh (2006:176)
- ¹¹¹ de la Cueva (1998:359)
- ¹¹² Burleigh (2006:176)
- ¹¹³ Bowers (1955:365)
- ¹¹⁴ Weil (1949:86)
- ¹¹⁵ Buchanan (2003:280-81)
- ¹¹⁶ *ibid.*(pp.282-84)
- ¹¹⁷ Richards (1998:27-2, 57)
- ¹¹⁸ *ibid.* (p.15)
- ¹¹⁹ *ibid.* (p.20)
- ¹²⁰ *ibid.* (pp.59-60)
- ¹²¹ citado en Higham (1995[1983]:60)
- ¹²² *ibid.* (pp.60-61)
- ¹²³ *ibid.* (p.61)
- ¹²⁴ Aid to Spain Is Protested; HENRY WALDMAN; New York Times; Mar 5, 1943; pg. 16
- ¹²⁵ Little (1979:471)
- ¹²⁶ Higham (1995[1983]:95)
- ¹²⁷ Little (1979:471)
- ¹²⁸ Shubert (1980)
- ¹²⁹ Higham (1995[1983]:94-95, 98-99)
- ¹³⁰ *ibid.* (p.101)
- ¹³¹ *ibid.* (pp.137-38)
- ¹³² *ibid.* (p.101; énfasis mío)
- ¹³³ *ibid.* (p.244)
- ¹³⁴ *ibid.* (pp.99-101, 112)
- ¹³⁵ *ibid.* (pp.113, 115)